

### III EL VIAJE A MEMPHIS<sup>1</sup> (1): ERRANTE

#### 27. Mis padres - o el sentido de las pruebas

(13 y 14 de junio) Había anunciado<sup>2</sup> que esbozaría un relato de mi relación con Dios, y ya es hora de que mantenga mi palabra.

Viví los cinco primeros años de mi vida al lado de mis padres y en compañía de mi hermana, en Berlín<sup>3</sup>. Mis padres eran ateos. Para ellos las religiones eran restos arcaicos, y las Iglesias y otras instituciones religiosas instrumentos de explotación y dominación de los hombres. Religiones e Iglesias estaban destinadas a ser barridas para siempre por la Revolución mundial<sup>4</sup>, que pondría fin a las desigualdades sociales y a todas las formas de crueldad y de injusticia, y que aseguraría un libre y pleno desarrollo de todos los hombres. No obstante, como mis padres provenían ambos de familias creyentes, eso les daba cierta tolerancia hacia las creencias y prácticas religiosas de los demás, o hacia las personas religiosas. Para ellos eran personas como los demás, pero que tenían ese defecto, un poco anacrónico hay que reconocerlo, como otros tenían los suyos.

Mi padre provenía de una piadosa familia judía de un pequeño pueblo judío de Ucrania, Novozybkov. Incluso tenía un abuelo rabino. Sin embargo la religión no debió penetrar mucho en él, ni siquiera en la infancia. Desde muy pronto se sintió solidario de los campesinos y la gente humilde, más que de su familia, de clase media<sup>5</sup>. A la edad de catorce años se largó con un grupo de anarquistas que recorría el país predicando

---

<sup>1</sup>(N. del T.) Alusión a la novela *A Summons to Memphis* de Peter Taylor, publicada en 1986, en la que un editor de Nueva York recibe dos llamadas sucesivas de sus hermanas pidiéndole que vuelva a Memphis por un asunto familiar urgente. Incapaz de negarse, inicia un viaje al Sur... y a su propio pasado, en el que descubre que las injusticias o crueldades –reales o imaginarias– que le reprocha a su padre “*this was something to be remembered, not forgotten. This was something to be accepted and even welcomed, not forgotten or forgiven*” (eso era algo para ser recordado, no olvidado. Algo para ser aceptado e incluso bienvenido, no olvidado o perdonado).

<sup>2</sup>En la sección “Reencuentros con Dios - o el respeto sin temor”, en la que también me explico sobre la necesidad de tal relato de mi relación con Dios.

<sup>3</sup>(29 de junio) Hablé de esos primeros años infantiles en Cosechas y Siembras, en la nota “La inocencia” (CyS III, nota n° 107). Al principio de la siguiente nota “El Superpadre” (n° 108), digo algunas palabras sobre el crucial episodio de la destrucción de la familia, que tuvo lugar entre junio y diciembre de 1933, cuando estaba en mi sexto año.

En los primeros meses de mi vida hubo un episodio que no evoqué en Cosechas y Siembras, y cuya importancia he tendido a subestimar hasta hace poco. Entonces rehusé alimentarme y estuve a punto de morir. En 1988 pude reconstruir lo sucedido encajando lo que he llegado a saber sobre las circunstancias que rodearon la concepción, el embarazo y mi nacimiento, al igual que mis primeros meses de vida: recuerdos de lo que me dijo mi madre, notas autobiográficas de mi madre, cartas, y más recientemente sueños... Me di cuenta de que mi madre me alumbró a pesar de un rechazo visceral de su maternidad, para probar su poder sobre mi padre (que no deseaba hijos) y como forma suplementaria (si hubiera sido necesario) de atarle. Al nacer, encontré un ambiente de tal violencia que la voluntad de vivir me abandonó, y decidí retornar allí de donde había venido. Tuve la suerte, en el hospital infantil en que me ingresaron in extremis, de encontrar enfermeras cariñosas, lo que me devolvió las ganas de vivir.

Este incidente debió provocar cierto sobresalto inconsciente en mi madre. Como si hubiera ocurrido una especie de milagro que para mí permanece misterioso, pues en los cinco años siguiente y según todo lo que sé, su relación conmigo fue la de una aceptación cariñosa. (Sobre este tema me expreso en la citada nota). Por contra, a nivel consciente ella jamás tuvo la menor sospecha de lo que había ocurrido. Al hablar de este episodio, ante todo estaba orgullosa de haber sabido imponer, mano en alto y todos los pabellones maternos desplegados, mi admisión en el reluciente hospital del otro extremo de Berlín, el último grito de la higiene, la dietética y todo eso. La idea de que no era esa clase de cosas lo que hacía falta jamás le vino, al menos en vida. El pasado febrero tuve un sueño que me enseñó la importancia excepcional de este episodio en el karma de mi madre, al igual que el de 1933.

<sup>4</sup>(14 de junio) En mi padre, la fe en la “Revolución mundial”, de la que se sentía un apóstol elegido, claramente reemplazaba la fe en Dios. En el siguiente párrafo del texto principal digo algunas palabras sobre la eclosión de esa fe en un medio cerrado en que *nada*, aparentemente, podía predisponerle. Por otra parte, no tengo ninguna duda de que esa vocación misteriosa e irresistible, que ya se apoderó de él siendo niño, y que durante dos decenios actúa como una inspiración poderosa que anima su vida, era una vocación en el pleno sentido del término, es decir, una manifestación de los propósitos de Dios respecto de él. Y se me ocurre que tal vez entre esos propósitos estaba que fuera portador de un mensaje infinitamente más vasto de lo que él jamás hubiera soñado, que sería la prolongación y la plenitud de ese “canto de libertad” que llevaba en él, y que jamás realizó; y que yo, ese hijo cuya venida aceptó con tanta reticencia, en un momento en que ya (y desde hacía varios años) su vocación iba a la deriva, desde entonces estaba destinado a madurar en mí y a anunciar el mensaje que él mismo había rechazado...

<sup>5</sup>Debo a mi padre el haberse esforzado en suscitar en mí esa misma solidaridad con los desheredados, que tan fuerte fue en él y permaneció viva toda su vida. En su relación con otros, y sobre todo con gente de condición humilde, jamás noté el menor rasgo de arrogancia o condescendencia (lo que, por contra, no era raro en mi madre). Este ejemplo excelente no ha dejado de dar sus frutos, desgraciadamente no a la altura del ejemplo, he de reconocer. En varios sueños que he tenido desde el último mes de octubre, inesperadamente Dios me ha hecho comprender que mis “íntimos”, según Él, no son ni mis familiares ni las personas instruidas o de amplia cultura (entre los que tendría tendencia a buscar interlocutores), sino los pobres entre

la revolución, el reparto de tierras y bienes y la libertad de los hombres ¡había con qué hacer latir un corazón generoso y audaz! Eso era en la Rusia zarista, en 1904. Y hasta el final de su vida y contra viento y marea, siguió viéndose como “Sascha Piotr” (ése era su nombre en el “movimiento”), anarquista y revolucionario, cuya misión era preparar la Revolución mundial para la emancipación de todos los pueblos. Durante dos años comparte la agitada vida del grupo al que se había unido, luego, cercados por las fuerzas del orden y tras un encarnizado combate, fue hecho prisionero con todos sus camaradas. Todos son condenados a muerte y todos salvo él son ejecutados. Durante tres semanas espera día tras día a que le lleven al pelotón. Finalmente es indultado a causa de su juventud, y su pena conmutada por la de cadena perpetua. Permanece en prisión durante once años, desde los dieciséis hasta los veintisiete años de edad, con tormentosos episodios de evasiones, revueltas, huelgas de hambre... Es liberado por la revolución en 1917 y luego participa muy activamente en la revolución, sobre todo en Ucrania, donde combate a la cabeza de un grupo autónomo de combatientes anarquistas bien armado, en contacto con Makhno, el jefe del ejército ucraniano de campesinos. Condenado a muerte por los bolcheviques, y después de que dominaran el país, deja clandestinamente el país en 1921, para aterrizar primero en París (igual que Makhno). Durante esos cuatro años de intensa actividad militante y combatiente, tiene además una vida amorosa bastante tumultuosa, de la que nació un hijo, mi hermanastro Dodek<sup>6</sup>.

En el exilio, primero en París, luego en Berlín y después de nuevo en Francia, mal que bien se gana la vida como fotógrafo callejero, lo que le asegura su independencia material. En 1924, con ocasión de un viaje a Berlín, conoce a la que sería mi madre. Flechazo por ambas partes – permanecieron indisolublemente ligados el uno al otro, para lo mejor y sobre todo para lo peor, viviendo en unión libre hasta la muerte de mi padre en 1942 (deportado a Auschwitz). Soy el único hijo nacido de esa unión (en 1928). Mi hermana, cuatro años mayor, nació de un matrimonio anterior de mi madre, que ya se disolvía en el momento del encuentro fatídico.

Mi madre nació en Hamburgo en 1900, en una acomodada familia protestante que conoció un inexorable declive social durante su infancia y su adolescencia. Al igual que mi padre, tenía una personalidad excepcionalmente fuerte. Comienza a liberarse de la autoridad moral de sus padres a partir de los catorce años. A los diecisiete pasa una crisis religiosa y se desprende de la fe ingenua y sin problemas de su infancia, que no le daba ninguna respuesta a las cuestiones que le planteaba su propia vida y el espectáculo del mundo. Me habló de ella como de un desgarró doloroso, y (estoy tan convencido como ella) necesario.

Tanto mi madre como mi padre tenían notables dotes literarias. En el caso de mi padre, incluso tenía una vocación imperiosa, que sentía inseparable de su vocación revolucionaria. Según unos cuantos fragmentos que ha dejado, sin duda tenía madera de gran escritor. Y después del final abrupto de una inmensa epopeya, durante largos años llevó en sí la obra por cumplir – un fresco rico en fe y esperanza y pena, y en risas y lágrimas y sangre derramada, recio y vasto como su propia vida indómita y vivo como un canto de libertad... A él le correspondía hacer que se encarnara esa obra, que se hacía densa y pesada y que pujaba y exigía nacer. Ella sería *su voz*, *su mensaje*, lo que él tenía que decir a los hombres, lo que ningún otro sabía ni sabría decir...

Si hubiera sido fiel a sí mismo, ese niño que quería nacer no lo habría solicitado en vano, mientras él se dispersaba a los cuatro vientos. En el fondo él lo sabía, y si dejaba que su vida y su fuerza fueran roídas por las pequeñeces de la vida de exiliado, es que era cómplice. Y mi madre también tenía buenas dotes, que la predestinaban a grandes cosas. Pero eligieron neutralizarse mutuamente en un apasionado enfrentamiento sin fin, vendiendo uno y otro su derecho de primogenitura por las satisfacciones de una vida conyugal engalanada con “un gran amor” de dimensiones sobrehumanas, y del que ni uno ni otro, hasta su muerte, se preocuparon de poner en claro su naturaleza y sus verdaderos motivos.

Después de la llegada de Hitler al poder en 1933, mis padres se exiliaron en Francia, tierra de asilo y de libertad (durante algunos años aún...), dejando a mi hermana en un lado (en Berlín), a mí en otro (en Blankenese, cerca de Hamburgo), y sin preocuparse demasiado de su molesta prole hasta 1939. Me reúno con ellos en París en mayo de 1939 (al volverse más y más peligrosa mi situación en la Alemania nazi), unos meses antes de que estalle la guerra mundial. ¡Ya era hora! Nos internan como extranjeros “indeseables”, mi padre desde el invierno de 1939, mi madre conmigo desde principios de 1940. Permanezco dos años en el campo de concentración<sup>7</sup>, después me acogen en 1942 en un hogar infantil del “Socorro Suizo” en Chambon–

los pobres, representados sobre todo (en la Francia en que vivo) por los trabajadores norte-africanos.

<sup>6</sup>El contacto con mi hermanastro (nacido en 1917 ó 1918) se perdió desde antes de la guerra mundial, y no lo he visto jamás, ni me he carteadado con él. He leído sus cartas (en ruso) y las de su madre, Rachil Shapiro, que encontré entre los papeles de mi padre. Sufrían grandes discriminaciones y llevaban una vida muy precaria. Hace algunos años hice averiguaciones durante uno o dos años para encontrar su pista, pero sin éxito. Si está vivo y si este libro cae entre sus manos o las de alguien que le conozca, tal vez acabe por establecerse el contacto, antes de que dejemos este mundo...

<sup>7</sup>La mayor parte del tiempo que pasé internado con mi madre estuve en Rieucros, a pocos kilómetros de Mende – un pequeño

sur-Lignon, en la zona protestante de la región de Cévennes (donde se esconden muchos judíos, amenazados como nosotros por la deportación). El mismo año mi padre es deportado del campo de Vernet, con destino desconocido. Unos años más tarde mi madre y yo tendremos notificación oficial de su muerte en Auschwitz. Mi madre permanece en el campo hasta enero de 1944. Morirá en diciembre de 1957, a consecuencia de una tuberculosis contraída en el campo.

En los años 36, 37, cuando aún estaba en Alemania, la revolución española alumbró grandes esperanzas en los corazones de los militantes anarquistas. Mis padres participaron en ella y se comprometieron totalmente – ¡la gran hora de la humanidad por fin había sonado! No dejaron el país, para volver a Francia, hasta que no fue irrecusable que la partida estaba, una vez más, irremediablemente perdida. Esta experiencia en su edad madura, y el inexorable fracaso en el que desemboca, dan un golpe mortal a la fe revolucionaria de uno y otro. Mi padre no encontró jamás el coraje de enfrentarse verdaderamente al sentido de esa experiencia, y de constatar el fracaso de toda una visión del mundo, en un momento en que el “gran amor”, también él, iba a desbaratarse con un rechinar de dientes. Hasta el fin de su vida, aún seguirá profesando con los labios una fe en la revolución libertadora, que estaba bien muerta. A decir verdad, su fe en sí mismo había muerto unos años antes. Solamente de ella podía sacar el coraje de constatar y asumir humildemente la muerte de la fe en algo exterior a él. Y para reencontrar la fe en sí mismo que había perdido, hubiera sido necesario que encontrase el coraje de asumir su propia falta de libertad, sus propias debilidades humanas y sus propias traiciones, en lugar de buscar en los demás la culpa de una revolución perdida, y de engañarse creyendo que la próxima vez “se” hará mejor y será “la verdadera”.

La fe de mi madre en sí misma permaneció indemne a través de las amargas experiencias del exilio y de las vicisitudes de la vida de pareja<sup>8</sup>. Es por eso, quizás, por lo que encontró en sí misma la simplicidad para admitir, aunque no sea más que en su fuero interno y de manera aún confusa, que los generosos ideales revolucionarios que había enarbolado durante toda su edad adulta, fallaban de algún modo misterioso y esencial. Pero necesitó, después de la prueba de la larga vida en común con mi padre, cuatro años de una prueba muy diferente, sus años de cautividad en el campo, para tener todo el tiempo (¡tiempo a la fuerza!) para verlo más claro.

Cuando al fin vio, supo que desde entonces el sentido de su estancia en el campo estaba concluido. Estaba segura de que su cautividad tocaba a su fin. Y en efecto, aunque su “caso” parecía desesperado e incluso una deportación parecía inminente, fue puesta en libertad poco tiempo después.

## 28. Esplendor de Dios – o el pan y el aderezo

Heme aquí de nuevo al lado del “hilo” que había perdido de vista un poco al hablar de mis padres: la relación con Dios. De nuevo lo retomo en orden cronológico.

---

campo (cerca de 300 internos) reservado a las mujeres, algunas con hijos. Sólo pasé unos meses en el campo de Brens, cerca de Gaillac, donde fue transferido el campo de Rieucros, y donde mi madre permaneció aún dos años. Esa temporada en los campos fue una ruda escuela para mí, pero nunca he lamentado haber pasado por ella. Lo que allí aprendí, no hubiera podido aprenderlo en los libros. Además nunca se me ha ido la idea de que tales tiempos regresarán, y que quizás tenga que volver a pasar por tales pruebas, pero probablemente peores.

<sup>8</sup>Entre 1933 y 1939, trabajando en Francia como ama de llaves y como chica para todo, a menudo al límite de sus fuerzas, ¡mi madre las pasó moradas! En cuanto a las “vicisitudes de la vida de pareja”, después de los incesantes enfrentamientos, tan pronto duros como insidiosos y larvados, de los nueve primeros años, se refiere a la destrucción (en 1933) de la familia por abandono de los hijos – querido por ella e impuesto, bajo el estandarte de la gran pasión que santifica todo, a un padre subyugado que termina por decir amén a todo. Al final de ese año, cuando mi madre se apresta para reunirse con mi padre, que se consume desde hace seis meses esperándola en París, aparece como la Triunfadora radiante, que llega para reinar como dueña y señora sobre el hombre extasiado – sobre el héroe de antaño, caído, mimado, despreciado... Esa Apoteosis demencial en la vida de mi madre, que marcó profundamente mi vida y la de mi hermana, al igual que la de mi madre misma y la de mi padre, seguramente señala el punto más bajo que uno y otro hayan alcanzado espiritualmente, durante su última existencia terrestre.

Descubrí lo que ocurrió hace sólo ocho años, en 1979, más de veinte años después de la muerte de mi madre y cerca de cuarenta después de la de mi padre. Fue durante un trabajo intenso sobre las cartas y otros documentos que habían dejado, trabajo que se prolongó ocho o nueve meses seguidos. Ni uno ni otro se preocuparon, al menos durante su vida terrestre, de tomar conciencia de sus propios actos y de lo que había pasado entre ellos. Por mis sueños del último año he sabido que ahora ya está hecho. Supongo que ahora están preparados para reencarnarse (si no ha ocurrido ya), para volver a pasar por una nueva existencia terrestre.

En el transcurso de estos últimos meses, tan densos por la acción de Dios en mí, a veces he pensado en cierto suceso de la vida de mi padre que tuvo lugar mucho antes de mi nacimiento, y en el que raramente había tenido ocasión de pensar. Por otra parte jamás me habló de él, ni a ningún alma viviente, salvo a mi madre en las semanas de pasión tumultuosa que siguieron a su encuentro en 1924. Es ella la que me habló de él, unos años después de la muerte de mi padre. Se trata de una experiencia que tuvo en prisión, en el octavo año de su cautiverio (hacia el año 1914). Era al final de un año de reclusión solitaria, que le había valido un intento de evasión durante el traslado de una prisión a otra. Seguramente fue el año más duro de su vida, y hubiera destruido o quebrado o aniquilado a más de uno: soledad total, nada para leer ni escribir ni en qué ocuparse, en una celda aislada en medio de una planta desierta, separado incluso de los ruidos de los vivos, salvo el inmutable y obsesivo escenario cotidiano: tres veces al día la breve aparición del guardián llevando la pitanza, y por la tarde una aparición relámpago del director, inspeccionando en persona al “cabeza dura” de la prisión. Cada día se estiraba como un purgatorio sin final. Y tenían que pasar 365, antes de que fuera devuelto al mundo de los vivos, con libros, un lápiz... Los contó, esos días, ¡esas eternidades que debía salvar! Pero al final del 365ésimo (apenas podía darse cuenta de que era el final de su calvario sin fin...), y aún durante los tres días siguientes, nada. Al final del tercero, a su pregunta “El año ya ha pasado – ¿cuándo tendré libros?”, un lacónico “¡Espera!” del director. Tres días después, aún lo mismo. Jugaban con él, que estaba a su merced, pero la rebelión se incubaba, ulcerada, en el hombre acorralado. Al día siguiente, apenas pronunciada la misma respuesta lacónica “¡Espera!”, la pesada escupidera de cobre con bordes afilados casi le rompe la cabeza al imprudente torturador – que se echó a un lado justo a tiempo. Sintió el aire en la sien, antes de que el proyectil se estrellara en la otra pared del corredor, y de que cerrara con un portazo la pesada puerta...

Para mí es un milagro que mi padre no fuera colgado allí mismo. ¿Quizás algún escrúpulo de conciencia del director, que “temía a Dios” y que confusamente sentía, por la muerte que le había rozado tan de cerca, que había ido demasiado lejos? El caso es que el joven rebelde fue molido a palos (¡eso era lo de menos!), luego encarcelado con grilletes en un calabozoapestoso, en la oscuridad total, por tiempo indefinido. Un día de cada tres se abren los postigos, y el día sustituye a la sofocante noche. Sin embargo, la revuelta no está quebrada: huelga de hambre total, sin comer ni beber – a pesar del joven cuerpo que obstinadamente quiere vivir; el alma ulcerada, roída por la rebelión imposible y la humillación de la impotencia, y las carnes hinchadas que se desbordan en vidriosas roscas alrededor de las argollas de hierro en las muñecas y los tobillos. Eran los días en que tocó a fondo la miseria humana consciente de sí misma – la del cuerpo y la del alma.

Al final del sexto día de encierro, día de “postigos abiertos”, es cuando ocurrió lo inaudito – que fue el secreto más preciado y mejor guardado de su vida, durante los diez años siguientes. Fue una repentina ola de luz de una intensidad indecible, en dos movimientos sucesivos, que llenó su celda y le penetró y le llenó, como aguas profundas que mitigan y borran todo dolor, y como un fuego abrasador que arde en amor – amor sin límites hacia todos los vivos, barrida y borrada toda distinción de “amigo” y de “enemigo”...

No recuerdo que mi madre tuviera un nombre para designar esta experiencia de otro, que ella me contaba<sup>9</sup>. Ahora yo lo llamaría una “iluminación”, estado excepcional y efímero cercano al que refieren los testimonios de ciertos textos sagrados y de numerosos místicos. Pero aquí esta experiencia se sitúa fuera de todo contexto comúnmente llamado “religioso”. Seguramente hacía más de diez años que mi padre se había desligado del dominio de una religión, para no volver jamás.

Estoy seguro, incluso sin tener datos precisos, de que este suceso debió transformar profundamente su percepción de las cosas y toda su actitud interior, al menos durante los días y semanas siguientes – días de pruebas durísimas seguramente. Pero tengo buenas razones para creer que ni entonces, ni más tarde, hizo tentativa alguna para situar lo que le advino en su visión del mundo y de sí mismo. Para él no fue el principio de un trabajo interior en profundidad y duradero, que hubiera hecho fructificar y multiplicarse el don extraordinario que le había sido hecho y confiado. Debíó reservarle un compartimiento bien separado, como una joya que se guarda en un estuche cerrado, cuidándose mucho de ponerla en contacto con el resto de su vida. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que esa gracia inaudita, que en un instante había cambiado el exceso de miseria en indecible esplendor, no estaba destinada a ser guardada así bajo llave, sino a irrigar y fecundar toda su vida posterior. Era una posibilidad extraordinaria que se le ofrecía, y que no aprovechó, un pan que no comió más que una vez con la boca llena, y que nunca más probó.

<sup>9</sup>Mi madre no me habló de la forma tan detallada en que lo relato aquí, e incluso si lo hubiera hecho, no me habría acordado de forma tan precisa. Pero dispongo de un relato manuscrito de una decena de páginas sobre este episodio, que acabo de releer. Fue escrito en 1927, entre mi padre (que no tenía un dominio perfecto del alemán, como lo tenía del ruso) y mi madre.

Véase también al respecto la nota “La firma de Dios”, n° 15.

Diez años más tarde, por el modo en que se lo confió a mi madre, en la embriaguez de sus primeros amores con una mujer que iba a atarlo de pies y manos, parecía una joya insólita y muy preciada que le hubiera dado en primicia; y cuando mi madre me habló de ella, después de más de veinte años, supe que había apreciado sobremanera, y aún apreciaba, ese homenaje arrojado entonces a sus pies, acogido con solicitud y como un testimonio patente de una comunión total con el hombre adorado, y de una intimidad que ya no tiene nada que ocultar. Y yo mismo al escucharlo, un joven de diecisiete o dieciocho años, lo recibí con una emocionada atención muy parecida: vi, también yo, la *joya* que realzaba aún más para mí el brillo de ese padre prestigioso y héroe inigualable, a la vez que el de mi madre, la única entre todos los mortales que había sido juzgada digna de tener parte. Así, el pan dado por Dios como alimento inagotable de un alma (que tal vez crecería y alimentaría otras almas...) terminó por convertirse en un aderezo familiar, que realzaba el esplendor de un mito muy querido y alimentaba una común vanidad<sup>(15)</sup>.

## 29. Rudi y Rudi – o los indiscernibles

(15 de junio) Con cierta reticencia me he dejado llevar a decir sobre mis padres mucho más de lo previsto. Me decía que divagaba, que me alejaba de mi propósito – ¡no ha habido nada que hacer! Quizás después de todo estoy más cerca, de dicho “propósito”, de lo que le pudiera parecer a esa reticencia. Sin contar con que mi arraigo en mis padres ha sido tan fuerte que sin duda no sería razonable pretender hacer una reseña, incluso de las más someras, de mi itinerario espiritual sin incluirlos a poco que sea.

El primer rastro concreto de mi relación con Dios del que tengo conocimiento se remonta a la edad de más o menos tres años. Es una especie de tebeo de mi cosecha, garabateado en los márgenes de un libro infantil (“quitado” a mi hermana, supongo que por el bien de la causa). Pongo en ella alguna derrota del buen Dios, en unos altercados con mi padre en que éste claramente es el bueno y gana sin esfuerzo. Sin embargo se me había asegurado que el buen Dios no existía más que en la imaginación de ciertas gentes, y que era un poco tonto creer en eso. Pero, en esos garabatos tan dinámicos, mi padre demuestra de modo irrefutable al buen Dios en persona esa inexistencia flagrante, echándole un cazo de agua en la cabeza, o incluso algo peor. No creo que el buen Dios me guarde rencor (al menos no más que a mis padres, a los que yo no había consultado...) por aquellos juveniles comienzos de un pensamiento metafísico que aún balbuceaba.

En enero de 1934, hacia el final de mi sexto año, soy brutalmente arrojado de mi medio familiar, ateo, anarquista, y marginal por elección, al de la familia convencional de un viejo pastor, en el otro extremo de Alemania. Allí permanecí más de cinco años, con una carta apresurada y forzada de mi madre tres o cuatro veces al año... En mi nueva casa hay muchos efluvios religiosos, que percibo un poco de lejos – alguna visita a un convento, donde hay religiosas de la familia, incluso uno o dos servicios religiosos a los que asisto un poco atónito, y esperando a que se termine. Pero la atmósfera en la casa no era muy religiosa, por decir poco. Lo cierto es que la pareja que me había acogido y tomado cariño tuvo la prudencia (¿o es sobre todo falta de disponibilidad?) de no fatigarme demasiado con historias del buen Dios. Desde ese momento, por otra parte, tuve cumplida ocasión de darme cuenta de primera mano de que la “religión”, en las gentes, tiende a reducirse a cierta etiqueta social exhibida con más o menos insistencia, y apuntalada con una observancia más o menos asidua de un ceremonial que no me atraía particularmente, y que nadie, afortunadamente, quería imponerme<sup>(16)</sup>.

El trasplante de un medio familiar a otro, y sobre todo los seis meses, saturados de angustia contenida, que lo precedieron, fueron una prueba muy ruda. Ésa es la época en que el *miedo* apareció en mi vida, pero un miedo que desde el principio ha estado como encerrado detrás de una capa de plomo hermética que se ha mantenido durante toda la vida, como un secreto temible y vergonzoso. Ha sido el secreto mejor guardado de mi vida, incluso conmigo mismo. (No lo descubro más que a partir de marzo de 1980, a la edad de 52 años, conforme voy haciendo el trabajo sobre la vida de mis padres). Tuve la gran suerte de encontrar entonces en el nuevo medio familiar, y en su entorno, personas de buen corazón que me han dado cariño y amor. Mientras que después raramente he encontrado ocasión de recordar a alguno de ellos, seguramente no fue casualidad que la noche misma que precedió a los “reencuentros conmigo mismo” en octubre de 1976<sup>10</sup>,

<sup>10</sup>Esos “reencuentros” se tratan desde el principio de la primera sección de este libro, “Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo”. Allí hablo también del sueño mensajero que los había suscitado, y sobre el que vuelvo varias

fui conducido, por primera vez en mi vida, a hacer una retrospectiva de mi vida y de mi infancia, y a evocar el amor que recibí de ellos. La mayoría de esas personas (veo siete, de las que sólo una está aún en vida) eran creyentes, pero su cariñosa solicitud no iba asociada a ningún esfuerzo de proselitismo. Lo que no ha hecho sino hacerla más efectiva.

Entre esas personas que me rodearon en años difíciles, pongo aparte a una de ellas, Rudi Bendt, del que quisiera hablar. Era un hombre de una gran simplicidad, de condición humilde y de poca instrucción, pero lleno de una simpatía espontánea y activa, incondicional y casi ilimitada, por todo lo que tuviera rostro humano. El amor resplandecía en él tan simplemente, tan naturalmente como respiraba, como una flor exhala su perfume. Todos los chiquillos lo adoraban, y en mis recuerdos lo veo siempre con dos o tres alrededor asociándose a sus múltiples empresas, incluso con toda una retahíla atareada. Los adultos, tocados como a su pesar por el encanto espontáneo y sin pretensiones y por el resplandor que emanaba de él, hacían gala con él de una simpatía medio enternecida, medio condescendiente, y aceptaban gustosos sus servicios y buenos oficios con aires de bienhechores. Estoy seguro de que Rudi, con sus ojos cándidos y claros, bien veía a través de esos aires y de otras poses. Pero no le molestaba que los otros se fatigasen en poner poses y aires de superioridad (incluyendo la familia que me había acogido<sup>11</sup>). La gente es como es, y los aceptaba como eran, igual que el sol nos alumbra y nos calienta a todos, sin preocuparse de si lo merecemos. Seguramente nunca se preguntó cómo es que *él* era diferente de todos los demás. Claramente él se aceptaba igual que aceptaba a los demás, sin plantearse cuestiones (¡sin duda insolubles!). Su vida consistía en *dar* – ya fuera toda clase de vestidos que había recuperado en sótanos y desvanes y que distribuía a diestro y siniestro a quien pudiera necesitarlos, o montones de recortes de papel (¡verdaderos tesoros para los chavales!) de su pequeña imprenta (antes de que los nazis le obligaran a cerrar), un lote de botellas vacías, tarros de cristal para conservas... – las cosas más inverosímiles, que siempre terminaban por encontrar quien se las quedase, para aliviar algún problemilla o alguna miseria. Todo el mundo veía el pintoresco batiburrillo que pasaba por sus manos, que iba a buscar Dios sabe dónde con una pequeña carreta, en cuanto tenía un momento libre, y que redistribuía a quien quisiera. Pero sólo Dios veía lo que acompañaba a ese batiburrillo, llevado por esa voz cantarina y clara y por esa mirada cándida y totalmente abierta – algo silencioso e invisible, mucho más raro y precioso que el oro.

Sólo desde que medito sobre mi vida y sobre mí mismo<sup>12</sup>, comienza a hacérseme patente la acción en mi vida del amor que me dio en mi niñez, seguramente sin saberlo ni quererlo – acción subterránea, imperceptible, invisible a todos salvo a Dios. Y cuando mido mis actos y mis fracasos (e incluso mis éxitos...) con el rasero de quien él era, siento mi pequeñez – no por un loable esfuerzo de modestia, sino por la evidencia de la verdad.

Lo que más me ha impresionado, al pensar en Rudi durante los últimos diez u once años, es la *ausencia de toda vanidad*. En mi vida rica en encuentros, él es el único que me ha dado ese sentimiento irrecusable y que no puede engañar, que por su misma naturaleza él era ajeno a la vanidad – que en él no había hecho ninguna mella. En cuanto a las gentes que sólo conozco un poco por sus obras o por su reputación, y dejando a parte sólo al Cristo, Buda y Lao-Tse, no veo a nadie que me haya dado esa misma impresión. Y seguramente hay un estrecho lazo entre esa ausencia de vanidad, y ese resplandor. Quizá sean dos aspectos, uno el negativo del otro, de la misma realidad. Hoy en día me inclinaría a creer que el resplandor no es del hombre, sino de Dios en el hombre, del Huésped invisible. Es un gran misterio que Dios, el Todopoderoso, para actuar en el mundo de los hombres, quiera actuar a través del hombre, y parece que no actúa más que a través de él. Allí donde Él resplandece, Él actúa, en lugares secretos a los que sólo accede su Ojo. Y Él resplandece libremente en un ser, en la medida en que éste no opone ninguna pantalla a esa acción de Dios<sup>13</sup>. Pero la pantalla entre la acción de Dios al operar en nosotros y otros, igual que la pantalla entre Dios y nosotros mismos, no es otra que la vanidad. Un hombre me parece “grande” espiritualmente en la medida

---

veces a lo largo del Capítulo I.

<sup>11</sup>Incluso su mujer, Gertrud, aparentaba tratarlo un poco de “niño grande”, y se quejaba de su “debilidad”, que hacía que se dejase “explotar” sin vergüenza, y que a veces la obligaba a pararle los pies. Ella forma parte de esas buenas personas que me dieron cariño, y a las que estoy agradecido. Aún vive, dama vieja y ágil de más de 90 años, y nos carteamos regularmente. Fui a verla hace dos años, despidiéndome al tiempo de los lugares de mi infancia que no pienso volver a ver...

<sup>12</sup>La meditación entró en mi vida algunos días antes que los “reencuentros” evocados más arriba (ver la penúltima nota a pie de página), cuando Rudi ya estaba muerto desde hacía varios años.

<sup>13</sup>Es raro sentir tal resplandor en un adulto – el resplandor espiritual, se entiende, no el del cuerpo o la inteligencia, también raros pero en un grado incomparablemente menor. Por el contrario, a menudo lo he sentido con fuerza en los recién nacidos o en los niños pequeños. Creo que siempre está presente al nacer, e incluso que es percibido por sus familiares. Pero esa percepción casi siempre permanece inconsciente, ahogada desde el principio por el caparazón de ruido y de clichés que aísla al adulto de la percepción de las realidades delicadas y más esenciales.

(1 de agosto) Véase al respecto la reflexión de hoy en la nota “El niño creador (2) – o el campo de fuerza” (nº 45).

en que está libre de la vanidad, lo que significa precisamente (si no me engaño): en la medida en que está más cerca de Dios en él. Y también es en esa medida, me parece, en la que su acción en otros, y su acción en el mundo, es espiritualmente benéfica; es decir: esa acción colabora directamente, como si emanase de Dios mismo, con los designios de Dios sobre cada ser en particular, y sobre la humanidad y sobre el Universo en su conjunto.

Es una gracia grande encontrarse en el camino un ser en el que se encuentra realizada, humildemente y a la perfección, la armonía completa y la unidad con Dios que vive en él. Y en mi vida repleta de gracias, a mis ojos una de las más grandes es haber tratado familiarmente, durante unos años cruciales de mi infancia, a tal ser.

He tenido un sueño que trata, como de pasada, de esos seres, representados en ese sueño por un grupo de niños. Son los “*niños en espíritu*”. Habitan una casa en el jardín de Dios, colindante con otra, que he reconocido como la morada de los “*místicos*”, de los enamorados de Dios. Reconozco que aún no distingo muy claramente el papel de unos y otros en los designios de Dios. En todo caso, lo que está claro es que *ellos* son Sus más allegados. Rudi, por lo que sé de él directamente o por el testimonio de otros (su mujer principalmente) que lo conocieron desde su juventud, verdaderamente no tenía nada de místico. Sé que creía firmemente en Dios, incluso pasó en su juventud por un periodo de devoción, quizás bajo la influencia de su mujer. Pero no me acuerdo de haberle oído jamás hablar de Dios, e ignoro siquiera si solía rezar. A decir verdad, creo que no tenía ninguna necesidad. En él no había ninguna distancia entre Dios y él, que hubiera hecho necesario que Le dirigiera una especie de pequeña conversación <sup>(17)</sup>.

En la escena final de otro sueño, también uno de los más sustanciosos y truculentos, había dos señores de cierta edad, sentados en sillones de mimbre uno al lado del otro, en amigable charla – en pleno centro de un animado cruce de una ciudad. Sin embargo lo más notable, a primera vista, es que esos dos hombres de aspecto bonachón ¡tenían todo el aire de ser dos veces el mismo! Era *dos veces Rudi*. Por supuesto, en el sueño parecía la cosa más natural del mundo, y yo iba a quejarme a Rudi y Rudi de ciertas contrariedades que acababan de ocurrirme (Yo, que toda mi vida había sido un antimilitarista feroz, ¡he ahí que en mi vejez me había dejado enrolar en el servicio militar! Y Rudi, además, que lo encuentra muy natural y que me dice que he hecho bien...)

Al trabajar sobre esta escena del sueño, después de un momento de perplejidad, supe que uno de los dos era Rudi, y el otro el buen Dios<sup>14</sup>. Pero no hubiera sabido decir quién era quién (¡y eso sin duda no ocurría sin intención del Soñador!). *Eran indistinguibles*.

### 30. La cascada de maravillas – o Dios por la sana razón

(17 y 18 de junio) Hasta mi decimosexto año, y ciertamente sin haber reflexionado jamás sobre ello, tenía ideas bastante tajantes sobre Dios. Dios era pura invención del espíritu humano, y creer en él era contrario al buen sentido más elemental – seguramente una pervivencia de viejos tiempos, en que servía para dar un aspecto de “*explicación*” a fenómenos que de otro modo no se comprendían, pero perfectamente comprendidos en nuestros días. Sin contar su papel de coco de una moral convencional que me parecía muy mezquina, y destinada más a perpetuar las desigualdades y las injusticias, que a eliminarlas o a limitarlas. La tenacidad con la que creencias tan irracionales (según yo) seguían aferrándose al espíritu de mucha gente, incluyendo algunos que no parecían estúpidos, ciertamente llamaba la atención. Pero ya había visto mucho de eso, por todas partes, y sobre todo durante los años de la guerra<sup>15</sup>. Bien sabía hasta qué punto el buen sentido, o el más elemental sentido de solidaridad humana o de simple decencia, son barridos cuando chocan con ideas bien ancladas, o cuando amenazan trastornar a poco que sea la sacrosanta comodidad interior. Incluso había sido una ruda experiencia, para mi joven espíritu prendado de la claridad y el rigor, darme cuenta hasta

<sup>14</sup>La aparición del buen Dios en este sueño no tenía por qué extrañarme. En este mismo sueño interviene además con otras dos caras – la del cabo encargado de instruirme (y cuyos procedimientos no son de mi agrado...), y la del ministro de la guerra (¡sic!), al que pienso quejarme de la incalificable actitud de su subordinado. Este sueño es del pasado mes de enero. Desde finales de diciembre hasta el final de marzo, Dios aparece en mis sueños prácticamente cada noche aunque sólo sea una o dos veces, bajo una multitud de caras diferentes.

<sup>15</sup>En la Alemania nazi, donde mis padres me dejaron entre 1933 y 1939, ¡no era poco lo que vi! Pero, siendo un niño aún, me desconcertaba menos que como adolescente en Francia, durante los años de la guerra.

qué punto todo argumento es entonces trabajo perdido, se dirija a la razón o a un sentido de lo humano, a una especie de sano instinto espiritual que bien debe existir en cada hombre (estoy convencido hoy más que nunca), ¡y que tan raramente se escucha!<sup>16</sup>.

No me había planteado cuestiones sobre el carácter aparentemente universal de la creencia en lo divino, hasta hace dos o tres siglos, y de las instituciones religiosas como fundamento mismo de la sociedad humana. A decir verdad, hasta hace algunos años, mi aprehensión del mundo permanecía casi totalmente separada de toda perspectiva histórica, que hubiera podido suscitar en mí tales cuestiones. Y la respuesta a ésta apareció en la estela de mis sueños hace apenas unos meses, incluso antes de que haya tenido el placer de plantearme la cuestión.

Tuve ocasión de encontrar y ver de cerca o de lejos muchas personas creyentes, incluso personas de fe. En el campo de concentración, como mi madre era de extracción protestante, teníamos contacto bastante estrecho con pastores y con miembros de la CIMADE<sup>17</sup>, que hacían todo lo que podían para ayudar a los internos de confesión protestante. Más tarde, en Chambon-sur-Lignon, en plenos Cévennes, también tuve amplia ocasión de apreciar la abnegación de los pastores y de la población, sobre todo protestante, en ayuda de los numerosos judíos escondidos en la región para escapar a la deportación y a la muerte. Ciertamente no tenía ninguna razón para profesar desconfianza o desdén a los creyentes en general, y en ciertos casos incluso podía constatar que su creencia daba la impresión de estimular su sentido de la solidaridad humana y su dedicación a los demás. Pero ni en ese momento ni más tarde, tuve la impresión de que los creyentes se distinguieran del resto por cualidades humanas particulares<sup>18</sup>. Bien sabía que hace algunos siglos nadie soñaba en poner en cuestión la existencia de Dios y la autoridad de la Iglesia y de las Escrituras, lo que no impedía en modo alguno las peores injusticias, crueldades y abominaciones de toda clase – guerras, torturas, ejecuciones públicas como diversión de las masas, hogueras, masacres, pogroms y persecuciones innumerables, con la bendición de las Iglesias y como la cosa más normal del mundo y agradable a Dios. Hoy más que nunca, es algo que me parece difícil de conciliar con la santidad de las Iglesias (que permanece igual de problemática para mí), o con la existencia de una Providencia divina (de la que sin embargo ya no tengo la menor duda...).

Mi tajante escepticismo sobre Dios, y sobre todo mi desconfianza visceral frente a las Iglesias de cualquier confesión y obediencia, los había tomado pura y simplemente y con los ojos cerrados, desde mi más tierna edad, de mis padres. Pero se encontraban bastante bien confirmados por el espectáculo del mundo a mi alrededor, como para dispensarme de una verdadera reflexión. Nada, en mi experiencia personal y en lo que sabía por otros, me inducía a poner en cuestión mis convicciones antirreligiosas.

La primera brecha, y durante mucho tiempo la única, en esta visión de las cosas cada vez más y más común, tuvo lugar en marzo de 1944, cuando iba a cumplir dieciséis años. Nuestro profe de historia natural y de física en el “Collège Cévenol” en que estudiaba, el Sr. Friedel, había venido al hogar infantil donde entonces vivía para dar una charla sobre “*La Evolución*”. Era un hombre que tenía una notable agudeza para captar y hacer captar lo esencial de una cuestión, o la idea crucial de la que se sigue el resto, allí donde los libros de texto (o los otros profesores) parecía que nunca daban más que monótonos repertorios de hechos, formulas, datos... Adoraba seguir sus cursos, y era una pena que, con esa vivacidad de espíritu y su corazón generoso, no tuviera ninguna autoridad sobre los alumnos. Preferían aprovechar la ocasión de armar bulla con un profesor que no tenía corazón para castigar<sup>19</sup>, antes que aprovechar la rara suerte de escuchar a un hombre que comprendía y amaba lo que enseñaba, y de entrar en diálogo con él. Ahora recuerdo que también tomó la iniciativa de dar una charla, fuera de programa, sobre el tema del amor, y los aspectos fisiológicos y biológicos del amor – tema espinoso entre todos cuando se dirige a jóvenes en la

---

<sup>16</sup>Es bueno recordar aquí que incluso en la época de la que hablo, a menudo yo mismo también era sordo a ese “sano instinto espiritual” en mí. Hablo de eso en CyS II “La violencia del justo” (nota n° 141). Y la sordera espiritual me ha acompañado, bajo una forma u otra, a lo largo de mi vida adulta. No se ha atenuado más que a partir de un primer retorno sobre mí mismo en 1974 (que trataremos más adelante), y sobre todo con la entrada de la meditación en mi vida, dos años más tarde, seguida de cerca por los “reencuentros conmigo mismo” que se han tratado en el Capítulo I.

<sup>17</sup>La CIMADE es una organización, de inspiración protestante, de ayuda a los refugiados e inmigrantes en Francia. Aún existe hoy en día. Al principio mi madre tuvo escrúpulos en dejarse “asistir” a título de su confesión original, cuando se había alejado de ella desde hacía mucho tiempo, y siempre fue muy clara al respecto. Sin embargo eso no supuso ninguna dificultad, y guardó relaciones cordiales con varios miembros o responsables de la Cimade, hasta el final de su vida. En el campo también había una asistencia por parte de un sacerdote y quizás de laicos católicos, pero nunca tuvimos contactos con ellos.

<sup>18</sup>Compárese con las reflexiones de la nota “La creencia, la fe y la experiencia” n° 16.

<sup>19</sup>La situación iba de mal en peor, durante los años que fui alumno del Collège Cévenol. El último año era una verdadera corrida (N. del T.: en español en el original), de la que guardo un recuerdo penoso, aunque yo no fuera el blanco. Había tal jaleo que, al final, era imposible seguir el curso, que sin embargo proseguía en medio del barullo contra viento y marea. Fue un calvario poco común del que nuestro profesor, que claramente no había nacido para ser domador de fieras, debió guardar un recuerdo humillante el resto de su vida. Creo que al año siguiente dejó la región para ocupar una plaza en un gran instituto de la región de París, y espero que allí sus notables dotes y sus cualidades humanas fueran mejor empleadas y apreciadas.



pubertad. Y no era ningún lujo – ahora me doy cuenta de que todos estábamos desorientados sobre esas cuestiones. Seguramente debió darse cuenta, para que fuera por delante de una necesidad.

En esas dos charlas extraescolares, afortunadamente ya no se armaba jaleo, y creo que todos escuchaban con atención. El Sr. Friedel era creyente, y daba sus charlas desde la óptica de su fe. Me he dado cuenta de que a menudo, en tales casos, los presupuestos religiosos hacen el papel de anteojeras, estrechan y limitan lo que se examina, como murallas que un espíritu pusilánime hubiera fijado para encerrarse por precaución<sup>20</sup>. Por el contrario allí la fe, o cierto conocimiento o intuición de naturaleza “religiosa”, iluminaba el tema y, lejos de estrecharlo, le daba su verdadera dimensión. Esta es una reflexión que me viene en este momento – entonces debí sentirlo, sin decírmelo conscientemente, ya que mi interés estaba bastante absorbido por la substancia de la exposición.

Era una ojeada sobre lo que se sabía de la evolución de la vida sobre la tierra, desde los orígenes de la tierra misma, bola incandescente que se enfría a lo largo de miles de millones de años, con la aparición de mares en ebullición después, que a su vez se enfrían, y la de los primeros microorganismos marinos, reducidos a una única célula microscópica; luego la evolución de los primeros organismos pluricelulares; la conquista de la tierra firme por las bacterias después, atacando la roca desnuda, luego por los líquenes, creando los primeros rudimentos de humus a lo largo de mil o dos mil millones de años; el desarrollo de una vegetación más y más diversificada y lujuriantes, luego el de una fauna que llega del mar y se adapta trabajosamente a la vida con aire; la aparición de los pájaros y la conquista de los aires, la de los mamíferos... – y al final la aparición del hombre<sup>21</sup>, el recién llegado...

Con esa exposición tan simple y pegada a los hechos, y tanto más apasionante, comprendí entonces por primera vez cosas esenciales que no decían ninguno de mis libros de historia natural: que la menor célula viva, ya desde el puro punto de vista de su estructura físico-química (sin hablar del soplo de vida que la anima y que la hace perpetuarse y concurrir a su manera a la armonía del Todo...), es tal maravilla de finura, que todo lo que el espíritu y la industria del hombre han podido imaginar y hacer es, en comparación, pura nada. Querer “explicar” la aparición de una maravilla tan milagrosa por las ciegas leyes del azar, jugueteando con las de la materia inerte a la manera de un gigantesco juego de dados, es una aberración parecida, pero de magnitud infinitamente más grande, a la de querer explicar de igual forma una locomotora (o el libro que estoy escribiendo, o un majestuoso concierto sinfónico...), pretendiendo negar la intervención de la inteligencia y la voluntad del hombre, que lo han *creado* en vista de ciertos fines y movidos por ciertas intenciones. En la aparición de la primera célula viva, claramente, había una *Inteligencia* creadora en acción, quizás cercana por su naturaleza a la inteligencia y la creatividad humanas (pues éstas saben reconocerla...), pero que las supera infinitamente, al igual que éstas superan la inteligencia y la creatividad de una hormiga o de una hierba. Y vemos cómo esa misma Inteligencia se manifiesta de modo igualmente irrecusable en cada una de las grandes “innovaciones” que marcan la historia de la vida y su desarrollo sobre la tierra. El organismo pluricelular más rudimentario, la menor esponja marina o el menor coral, por la cooperación perfecta de todas las células especializadas que lo constituyen, contribuyendo cada una a su manera a la armonía del organismo entero – tal entidad nueva sobrepasa tanto cada una de sus células como éstas sobrepasan los constituyentes que son sus piezas físico-químicas.

Así, se ve la misma Inteligencia en acción, obstinadamente, a lo largo de la evolución de la vida sobre la tierra, prosiguiendo sin descanso durante seis mil millones de años. Interviene de modo irrecusable, al menos, en cada uno de los grandes “saltos” cualitativos, de las “innovaciones evolucionistas”, que se inicia, prosigue tenazmente y se logra al fin, durante cientos de millones de años, cuando no son miles de millones. La última en el tiempo de esas etapas, más corta que todas las demás: la aparición del hombre, y los comienzos de su lenta ascensión a un estado verdaderamente humano, prosigue desde hace apenas algunos millones de años y aún hoy está lejos de haberse cumplido... Y a lo largo de toda esa larguísima historia que se remonta al origen de los tiempos, se ve perfilarse una *Intención*, un *Designio*, que permanece misterioso para la inteligencia humana, pero cuya presencia es tan irrecusable como en una empresa humana (donde la presencia de una intención se percibe, incluso cuando su naturaleza exacta se nos escapa a menudo).

Esas cosas, que la sola razón puede captar plenamente, y que se le imponen con la fuerza de la evidencia, entonces eran plenamente comprendidas por mí. Y así han permanecido durante mi vida, sin que nunca haya tenido la menor reserva, la menor duda. Su carácter de evidencia no es menor que el de

---

<sup>20</sup>Es necesario subrayar que esa “pusilanidad” del espíritu doctrinario no se limita a las anteojeras “religiosas”, sino que seguramente se encuentra por doquier, y en todo caso en los científicos tanto o más que en otras partes.

<sup>21</sup>Como el Sr. Friedel había cometido la insigne imprudencia de decir que para los antropólogos era indiscutible que el hombre descendía del mono, fue severamente amonestado por nuestra directora, que aprovechó la ocasión para defender la integridad de la fe y la autoridad de las escrituras. Los gamberros que éramos disfrutamos, en las semanas siguientes, pregonando por todas partes que el hombre, quién lo hubiera dicho y a pesar (?) de las apariencias, descendía del mono...

las proposiciones matemáticas mejor comprendidas y establecidas. Que alguien al corriente de los simples hechos brutos, y principalmente el biólogo, no vea esas cosas patentes, sino invoque el sempiterno “azar” que habría creado tal cascada de maravillas, concurriendo todas en una concordante armonía de una amplitud y una profundidad tan inauditas, es una ceguera que ya desde entonces para mí rayaba en la demencia. Mucho más enorme aún (al menos para la razón sola) que las peores cegueras doctrinales que, con razón, se reprochan a las Iglesias de cualquier obediencia, la Iglesia católica en cabeza. Pero la nueva “Iglesia Cientifista” está mil veces más cegada por su sacrosanta doctrina, irremediabilmente petrificada, que todas las Iglesias tradicionales que tan radicalmente ha suplantado.

### 31. Los reencuentros perdidos...

Creo que la tarde misma en que escuché esa exposición, mi opinión estaba formada, incluso sin tener que sopesar los “pros” y los “contras”. O mejor dicho, no era más una “opinión” que lo es un enunciado matemático claro y perfectamente comprendido, y establecido por una prueba clara y perfectamente bien comprendida. La comprensión que entonces aparece no tiene la naturaleza de una “opinión”, o de una “convicción”, de una “creencia” o de una “fe”, sino que es un *conocimiento* en el pleno sentido del término. Recusar tal conocimiento, no confiar totalmente en él, viene a ser abdicar de la facultad de conocer atribuida a todo ser, con lo que quiero decir: la de conocer de primera mano. Nunca he tenido la menor resistencia o duda para separarme de una convicción adquirida en mi infancia – no más que para reconocer un error en matemáticas, en un enunciado o un razonamiento apresurados<sup>22</sup>. Bien sabía que ese “Dios” que se ponía en todas las salsas para hacerle tragar todo lo que se quisiera, Él era en todo caso esa Inteligencia soberana, infinita, creadora de la Vida y (por supuesto) creadora también del Universo entero, y de las leyes que lo rigen<sup>23</sup>.

Mientras que hasta entonces me consideraba “ateo”, heme aquí cambiando repentinamente de categoría – en adelante, ¡me llamaría “deísta”! Eso se realizó sin tambores ni trompetas, con todas las apariencias del puro azar (¡otra vez él!), aparentemente sin que nada lo hubiera preparado, ni tampoco nada notable lo haya seguido. A decir verdad, yo mismo no le concedía más que una importancia muy restringida. Bien me daba cuenta de que ese Creador que veía manifestarse en grandiosas obras que se remontaban a la noche de los tiempos, distaba mucho del Dios de la Promesa y de la Retribución del que habla el Antiguo Testamento, o del Padre cercano y amante del que nos hablan los Evangelios. En mi experiencia directa nada me conducía a pensar que el Creador, una vez puesta en marcha la inmensa Noria de la Creación, seguía ocupándose de lo que pasaba y participaba por poco que fuera. No veía ningún lazo directo entre mi vida, tal y como transcurría día a día, o la de las gentes que conocía, y una voluntad divina o unos designios divinos – no percibía ningún signo de una intervención de Dios en el presente.

Es necesario decir que yo no buscaba. La cuestión no me intrigaba lo suficiente como para pensar en preguntar al Sr. Friedel sobre su propia experiencia y sobre sus eventuales observaciones sobre el tema. Ni siquiera debí considerar que mereciera la pena señalarle que su exposición había “hecho diana”, ¡de lo intrascendente que me parecía! Era, en suma, como si hubiera decidido de antemano que mi vida interior y mi evolución espiritual no se verían afectadas<sup>24</sup>. Ahora me parece que ésta es la manera en que el condicionamiento ideológico proveniente de mis padres tomó su “revancha”, del “revés” que aparentemente acababa de sufrir: con ese propósito deliberado y categórico de que el descubrimiento que había hecho no

<sup>22</sup>He señalado a menudo que en tales convicciones, incluso sobre temas que competen a la pura razón y no nos implican personalmente de modo neurálgico, las resistencias a abandonarlas generalmente tienen una fuerza asombrosa. En este tema, parecería que me diferencio del común de los mortales. Por el contrario, hasta el momento en que la meditación entró en mi vida, a la edad de cuarenta y ocho años, las resistencias que tenía para tomar conciencia de lo que realmente pasaba en mí mismo, eran tan fuertes y eficaces como en cualquiera.

<sup>23</sup>No obstante aquí conviene hacer excepción de las leyes matemáticas. Esas leyes pueden ser descubiertas por el hombre, pero no son creadas ni por el hombre, ni siquiera por Dios. Que dos y dos son cuatro no es un decreto de Dios, que habría sido libre de cambiar en dos y dos son tres, o cinco. Siento las leyes matemáticas como formando parte de la naturaleza misma de Dios – una parte ínfima, ciertamente, la más superficial en cierto modo, y la única accesible a la sola razón. Por eso también es posible ser un gran matemático, aún estando en un estado de ruina espiritual extremo.

<sup>24</sup>A decir verdad, hasta 1970, es decir durante veintiséis años, no me di cuenta de que realmente había una evolución espiritual delante de mí, que tenía que aprender cosas, e incluso cosas cruciales para conducir mi vida, sobre el mundo de los hombres en general, y sobre mí en particular y sobre mi relación con ese mundo...

tenía consecuencias para mí, que realmente no me concernía.

A decir verdad, desde antes de ese periodo mi juvenil curiosidad ya se había apartado del mundo de los hombres, tan inquietante a fuerza de decepcionar y de substraerse (parecía) a toda comprensión racional, para volverse hacia el conocimiento exacto de las ciencias, donde al menos tenía la impresión de caminar sobre un terreno firme, y que lograba (me parecía entonces...) la armonía de los espíritus...

En el momento de ese episodio, hacía unas semanas que mi madre acababa de ser liberada del campo, y vivía en libertad vigilada en el pequeño pueblo de Vabre. Al igual que durante su permanencia en el campo, nos escribíamos regularmente, prácticamente cada semana. Para mí era algo que caía por su propio peso, en mi próxima carta semanal informaría a mi madre de que “me había convertido en deísta”, sin extenderme demasiado sobre el tema. No fue poca mi sorpresa al enterarme por su respuesta (fecha el día de mi decimosexto cumpleaños) que ella acababa de pasar por una especie de “conversión”<sup>25</sup> similar, ¡apenas hacía unos meses! No me había dicho ni una palabra antes, porque esperaba la ocasión de hablarme de viva voz, temiendo que lo hubiera comprendido mal; sin duda ella era la última en la que me hubiera esperado tal viraje. Aún en las semanas que precedieron a ese cambio inimaginable, ella misma no hubiera soñado que tal cosa pudiera sucederle – ¡y sin embargo, sí!

He intentado reconstruir lo que le pasó en el momento de esa “experiencia de Dios” (Gotteserlebnis), como ella la llamaba. En mi ayuda tengo el recuerdo, algo vago, de lo que me dijo de viva voz, y tres o cuatro testimonios de su puño y letra, en que la trata por poco que sea. Lo que está claro es que se situaba en un nivel mucho más profundo, y en su vida revestía una importancia muy distinta, que mi propio descubrimiento, que deliberadamente había mantenido en un nivel puramente intelectual. Debí haber en ella un momento de verdad y de humildad, quizás por espacio de unas horas o de unos días, en que “se retiró” sin reservas – en que reconoció que por sus propios medios, y sobre todo con su sola inteligencia, de la que estaba tan orgullosa y que la colocaba (pensaba ella) tan por encima del común de los mortales, ella era totalmente incapaz de encontrar un *sentido* a su vida, que sentía hecha trizas, en un mundo que también se desbarataba en una violencia desenfrenada. Las grandes esperanzas, y la fe en la “humanidad” o en el “hombre”<sup>26</sup>, estaban muertas. Pero sobre todo, su propia soberbia se había debilitado. Debí entrever, entonces, que no sólo eran *los otros*, sino *ella misma* quien había fallado a su fe – que si su vida había conocido tantas ruinas (que ella ya no conseguía, a pesar de todos los esfuerzos, ocultarse del todo...), ella misma no era ajena. A lo largo de los siete largos y dolorosos años transcurridos, desde su propia debacle ideológica irresistiblemente desencadenada por la debacle de las esperanzas revolucionarias en España, su orgullo se había revelado contra tal constatación, presentándose como la negación de una vida entera, como una vergonzosa derrota. En ella ese orgullo estaba inexorablemente servido por una voluntad de acero, tan despiadada con los otros como consigo misma, exacerbada, aliada con la vehemente cohorte de resistencias feroces que obstaculizaban la humilde verdad. Hizo falta el desgaste tenaz de cuatro años de cautividad, la promiscuidad forzada día y noche y en todo instante, la arrogancia y la arbitrariedad de los “oficiales”, y el ruido y la peste de los barracones, y las privaciones sin nombre, y el cerco de los grandes fríos, y las incertidumbres sin fin y las alarmas mortales – para que al fin apareciera furtivamente, por espacio de un instante, La que nadie quiere jamás, la malvenida, la temida, la evitada, la muda...

Conocí un momento parecido, treinta años después, en 1974. Mi madre había muerto diecisiete años antes, y yo tenía cuarenta y seis – dos años más que los que tenía ella, en su momento de la verdad. Hasta hoy no he hecho esta comparación; y el pensamiento de Dios, por lo que recuerdo, ni siquiera me rozó entonces<sup>27</sup>. Sin duda fue porque entonces aún no había tenido verdaderamente el sentimiento de lo divino, el

---

<sup>25</sup>El término “conversión” puede inducir a error, a menos de que se entienda en el sentido de “conversión a Dios, por Dios” – pero a ese nivel ¡fue de duración bien corta! Mi madre no se consideraba cristiana. Sin embargo parece que durante cierto tiempo estuvo fuertemente interesada en las Escrituras. Pero ya casi no encontré rastro de ese interés unas semanas más tarde, cuando fui a reunirme con ella en Vabre, ni en los años siguientes, en que viví a su lado la mayor parte del tiempo.

<sup>26</sup>Cierto es que esa “fe en el hombre” que mi madre profesaba desde su adolescencia era bastante abstracta, y más bien de la naturaleza de una opción generosa e idealista que de la de una verdadera simpatía, como la que había animado a mi padre (y que había ¡ay! declinado durante su vida en común). Esa “fe” de mi madre recubría bien a menudo un desdén altivo y casi universal, profundamente enraizado en la imagen que tenía de sí misma, y del que jamás hizo constatación.

<sup>27</sup>Sin embargo, después de escribir estas líneas, me ha venido el pensamiento de que en los mismos días en que tuvo lugar ese “instante de verdad” en mi vida, fui contactado por primera vez por uno de los monjes budistas, del grupo nichirenita “Nihonzan Myohoji”, de Nichidatsu Fujii Gurujii. (Véanse CyS III, “Nichidatsu Fujii Gurujii – o el sol y sus planetas”, nota n<sup>o</sup> 160, y la siguiente nota, “La oración y el conflicto”). Ese encuentro marca también el inicio de mis estrechos contactos, y esta vez en el terreno de una fe y una actividad militante de inspiración totalmente religiosa, con hombres y mujeres que seguían una vocación religiosa. Aunque evitaba ver las cosas bajo ese aspecto, era “lo divino” que comenzaba a entrar entonces en mi vida, por medio de esos seres que sentía fraternalmente cercanos, sin compartir por ello su fe. Al pensar ahora en eso, lo veo como la continuación natural de la “experiencia de Dios” que se había iniciado treinta años antes, y a la que entonces di fin. Había olvidado a Dios, pero claramente, Dios no me había olvidado. Él se me manifestaba a Su manera, el día en que por fin yo había dado un primer paso decisivo y en adelante estaba dispuesto, por poco que fuera, a acogerLo...

de una verdadera *presencia de Dios*, que hubiera podido llamar a mi memoria, y recordarme o sugerirme a la vez, al lado de la constatación sin reservas de mi profunda debilidad, la presencia de una realidad espiritual inmutable, de una Fuente permanente de verdad, de amor, cuya sola existencia compensa y rescata, o suple de alguna manera misteriosa toda debilidad humildemente reconocida, sin fingir ni esquivar... O quizás simplemente en un caso Dios eligió darSe a conocer por Su nombre a la que ya Lo había conocido un poco en su infancia, para olvidarLo enseguida; mientras que en el otro Él eligió callarSe. Sin embargo eso no impidió que entonces se desencadenara y prosiguiera un trabajo interior, por modesto que fuera, que seguramente contribuyó a preparar los logros decisivos que iban a realizarse dos años más tarde, y de los que he hablado en otra parte<sup>28</sup>.

Pero en el momento del que hablo, cuando mi madre me habló del sentido que para ella habían tenido sus reencuentros con Dios, yo estaba muy lejos de tener la madurez necesaria para sentir de qué se trataba. Lo que estaba claro es que en modo alguna era del mismo orden que mi descubrimiento-relámpago, archivado apenas lo había hecho. Mi madre me aseguraba que todo lo que hasta entonces le había parecido bien conocido de repente cambió de apariencia, se volvió como nuevo, por el sólo efecto de la nueva iluminación dada por el nuevo pensamiento: “Dios” ; que un mundo que para ella se había roto en mil pedazos (es cierto que nunca me lo había dado a entender...), se reunía para constituir un Todo nuevo totalmente diferente; que para ella fue una profunda alegría reencontrar un *sentido de la vida* que parecía desaparecido y perdido sin retorno, y poder reemprender a cero un trabajo de reorientación de gran envergadura, sobre bases nuevas y en adelante inquebrantables<sup>29</sup>.

No era una simple euforia, eso está bien claro. En absoluto habría sido ése su estilo, y sobre todo no en esos registros – y sería algo, también, que yo no habría dejado de percibir, de sentir un malestar. Por otra parte, ahora que doy cuenta de ello, esas palabras de mi madre (tomadas de dos de sus cartas dirigidas a mí, que acabo de releer) hacen resonar mi propia experiencia de Dios, muy reciente. Incluso es sorprendente hasta qué punto se le aplican, casi textualmente<sup>30</sup>. Esto me confirma más en mi impresión – pues esas cosas, se viven y no se inventan. Esos reencuentros con Dios tuvieron lugar realmente, eran verdaderos. Y le ofrecieron una oportunidad excepcional, como no tuvo otra parecida (creo) en su vida, para “dar el salto” – para renovarse.

Pero esa oportunidad inaudita, no la aprovechó – esa renovación, que creyó realizada al instante, jamás tuvo lugar. Permanecía delante de ella, como una tarea a realizar y jamás realizada – una tarea que ella eludió obstinadamente, hasta el final de su vida.

Para decirlo todo, en el tono de la primera carta en que ya me habla de ese viraje, y en otra de quince días después, se ve que había tenido tiempo de serenarse. No hay traza de que una puesta en cuestión de ella misma hubiese tenido lugar, ninguna alusión a fallos o debilidades de su cosecha. Bien al contrario, constata con satisfacción que todas las leyes espirituales que ahora descubre “en una nueva luz” en el fondo ya les eran bien conocidas de toda la vida, a ella y a mi padre; que ellos siempre habían vivido según los preceptos evangélicos, y reconocido como válidas las leyes (“Gesetzmaßigkeiten”) establecidas en la Biblia.

Todo eso tenía, ciertamente, aire noble, y no tenía nada para chocar o decepcionar o simplemente suscitar reflexión o llamar la atención de su hijo, ¡que tenía una admiración sin límites por ella! Incluso hacía mucho tiempo que ese tipo de cosas sobre mi incomparable madre se daban por supuestas. Antes eran los altos ideales anarquistas de los que ella era la encarnación palpable, ahora eran las enseñanzas del Cristo, por qué no...

A juzgar por ese tono (el único que he encontrado en las dos cartas dirigidas a mí en que habla de ello...), habría lugar para dudar de la seriedad de esa “nueva luz”, y de la experiencia de la que habla. El hecho es que en sus maneras de hablar, de sentir y de actuar, no cambió ni un pelo – no debía inquietarse

---

<sup>28</sup>Principalmente al inicio de la sección “Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo” (nº 1). Igualmente hablo en Cosechas y Siembras, principalmente en CyS I (“Deseo y meditación”, “La admiración”, secciones 36 y 37) y CyS III (“Los reencuentros”, “La aceptación”, notas nº 109, 110).

<sup>29</sup>Como subrayo más abajo, ese ardor se reveló ser un fuego de paja, y ese trabajo jamás fue emprendido, ni siquiera al nivel de una reflexión religiosa de naturaleza general, que no le hubiera implicado de modo neurálgico. De otro modo, seguramente me habría interesado, yo también, en las reflexiones en las que ella se lanzaba, y tal vez mi vida hubiera sido bastante diferente, al acercarme a un conocimiento de Dios desde mi adolescencia.

<sup>30</sup>Sólo debo hacer una reserva parcial, en cuanto al “sentido de la vida”. Sería inexacto decir que antes de mi reciente experiencia, mi vida estaba “desprovista de sentido”. Sentía fuertemente que tenía un sentido, e incluso una plenitud de sentido, ¡pero distinguía mal cuál! Mi relación con la humanidad en su conjunto era para mí más y más problemática, pues espiritualmente me sentía único en mi especie, y no conseguía reconocermé en ningún grupo humano, ni en ningún otro ser. (Véase al respecto el principio de la reflexión en la nota “Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro”, nº 9). Ésa era la fuente de un malestar creciente, que desapareció totalmente por el reencuentro con Dios. La plenitud de sentido, que no lograba captar bien, reside en Dios – en Su simple existencia, y en Su interés y Su solicitud amorosa para conmigo, y para con cualquier otro ser, y para con los asuntos de los hombres y los destinos de nuestra especie y del Universo.

por mí, ¡iba a reconocerla! Pero también tengo una larga carta que escribió seis años más tarde (en 1950), dirigida al viejo pastor que me recogió. Debió sentirse más cómoda con él, pues dejó entrever otro aspecto de su experiencia, que me había silenciado. En ella habla de la radical incapacidad de los hombres para amar verdaderamente, dejando aparte un número ínfimo (como él mismo, o Gandhi...), de los que admite sin reservas no formar parte.

Con seguridad no fue una improvisación, surgida de la inspiración del momento, sino un reflejo, muy atenuado, de lo que verdaderamente pasó en ella en el momento de esos reencuentros. Entonces debió constatar la ausencia de verdadero amor en su vida, igual que yo mismo fui llevado a hacerlo en mi propia vida, treinta años más tarde. Solamente esa constatación es la que hace de ese momento un “instante de verdad” – un instante en que la voz de Dios podía ser escuchada y reconocida...

Pero cuando escribió esa carta, hacía seis años que ese conocimiento humilde y vivo, que entonces le hizo reencontrar a Dios (durante algunas horas o quizás algunos días...), se había petrificado en un recuerdo, en fórmulas bien claras como: “todos los hombres,... – sin excluirme (así de honesta soy conmigo misma)...”. Esa fórmula, seis años más tarde y seguramente incluso seis días más tarde<sup>31</sup>, ya no significaba nada. No se tomó la molestia de examinar *cuál* había sido en verdad su relación con cada uno de los seres que pretendía amar, y que había marcado profundamente a todos con el sello de su violencia. Al igual que en el pasado, seguía manteniéndose en el mito del gran e inigualable amor entre ella y mi padre, y en el de la madre extraordinaria y ejemplar en todos los aspectos que había sido. Y cuando reencontró y arregló su corona de laureles, las mismas fuerzas jamás examinadas que habían operado en ella durante su vida, retomaron y continuaron su trabajo subterráneo. Bien pronto iban a devastar de nuevo su propia vida y la de sus allegados, y a hacerle odiar y maldecir, durante los años de vida que aún le quedaban, lo que ella creyó amar, incluso al mismo Dios que le negaba las áridas satisfacciones a las que aspiraba.

Así, tuve el privilegio de ver de cerca que una experiencia de Dios, por auténtica y turbadora o exaltante que sea, cuando no impulsa ni alimenta un trabajo interior paciente y duradero, para llegar al conocimiento humilde de uno mismo y de su propia vida, y de las ilusiones, las mentiras y la violencia oculta que la atraviesan y penetran por todas partes, profundas y tenaces como raíces de mala hierba... – que entonces tal experiencia es neutralizada y vaciada de la fuerza de renovación que habita en ella, que es su única y verdadera razón de ser. En un santiamén, bajo la acción silenciosa y diligente de las fuerzas del yo, se transformó en una baratija, que viene muy bien para adornar la imagen de marca, y darle una “nueva dimensión”, ¡de lo más favorecida, a fe mía!

Esa experiencia de mi madre, sobrevenida en su edad madura como cumplimiento inesperado y radiante de cuatro largos y dolorosos años de cautividad, tal vez haya sido también el punto culminante de su vida<sup>32</sup>, desde el punto de vista espiritual se entiende, es decir: a los ojos de Dios. Pero esos benditos reencuentros *no le sirvieron de nada*. En los días siguientes, seguramente, su verdadero sentido ya estaba escamoteado, desaparecido por la trampilla. No hicieron más que volver más vertiginosa la caída que les siguió, y más amarga aún y más demencial, su rebelión contra Dios.

## 32. La llamada y el rechazo

(19 y 20 de junio) Con la perspectiva de más de cuarenta años, ¿qué alcance atribuirle a ese giro en mi

---

<sup>31</sup>Si ella hubiera permanecido en una disposición de humildad, de verdad, en los siguientes días, no hubiera dudado en escribirme sobre su experiencia. Al contrario, hubiera sido una gran alegría anunciarme esa nueva inaudita, y hacerme partícipe. Al hacerme parte de tales disposiciones, tan distintas de las que le conocía, su carta, y lo que me hubiera dicho seguidamente de viva voz, habrían dejado una profunda huella en mí, en vez de entrar por un oído distraído (como fue el caso) para salir por el otro. El temor que ella tenía a abrirse a mí no era el de una delicadeza, sino el de una vanidad que teme “perder prestigio” al desdecirse de unas convicciones tan fieramente proclamadas y con las que me había “moldeado” (retomando su propia expresión). Y sin embargo, el hecho de que yo por así decir le hubiera tomado la delantera, debería ser capaz de mostrarle la vanidad de su vanidad; era como un aliento discreto de Dios, para superar sus reflejos inveterados, para tranquilizarse: mira, pequeña tonta, ¡tu hijo no te ha esperado para seguir su propio camino y servirse de sus propias luces! Pero ella no supo escuchar la voz de Dios, tan aprisionada estaba por su propio discurso sobre Dios...

<sup>32</sup>Hace apenas unos días, y sin haberlo buscado tampoco, he puesto también el dedo sobre lo que fue el “punto culminante” en la vida de mi padre. (Véase la sección “Esplendor de Dios – o el pan y el adorno”, n<sup>o</sup> 28). El parentesco entre los dos momentos, más allá de todas las diferencias, se me presenta de pronto de forma sorprendente. Es extraño, antes nunca se me había ocurrido relacionar esos dos acontecimientos en la vida de mi padre y en la de mi madre.

relación con Dios, al final de mi decimosexto año? Había reconocido la existencia de un Creador con facultades prodigiosas, que había formado el Universo y animado con Su Sopro de vida las criaturas de la tierra. Ése es un conocimiento que ahora me parece de un alcance inmenso, evidente, irrecusable<sup>33</sup>. Pero es de notar que, en el mismo momento en que accedí a ese conocimiento crucial, ¡enseguida decreté que no me concernía! De hecho, después de un año, siendo un joven estudiante de diecisiete años, iba a lanzarme a rienda suelta en la investigación matemática, y durante los siguientes veinticinco años (hasta julio de 1970) a consagrarle prácticamente la totalidad de mi energía disponible. Y hasta cuatro años más tarde, por tanto en los treinta años siguientes a mi perentorio decreto (y en el medio profundamente desespiritualizado donde evolucionaba), ese conocimiento permaneció inactivo, según lo que puedo ver. Consagrar un pensamiento a Dios, el gran Ausente, el Incognoscible, o a una cuestión metafísica, me hubiera parecido una pura pérdida de tiempo, una infantilidad. Yo hacía cosas tangibles y sólidas, a manos llenas – ¡hacía matemáticas!

Al evocar ahora toda esa situación, ¡de repente me choca como una extraña paradoja! El descubrimiento de la realidad de Dios como Creador era un acto de *autonomía* espiritual, que me sacaba del círculo ideológico en el que mis padres se habían encerrado toda su vida. Hasta entonces, y a pesar de todas las influencias contrarias que habían intentado arrancarme de él, me había mantenido dentro del círculo, como algo evidente por sí mismo. Las ideas que habían impregnado mi infancia, y que formaban el universo ideológico de mis padres, representaban para mí un “absoluto” tácito. Era nada menos que “la Verdad”, de la que yo era depositario, e incluso (no tardaría en darme cuenta) ¡uno de los pocos en serlo!<sup>34</sup>. Y hasta entonces, esa verdad no había entrado en conflicto con el testimonio de mi sana razón, ni con el que surge de capas más profundas del ser, de ese “instinto espiritual” más esencial que los sentimientos (los cuales aún son, en gran medida, tributarios del condicionamiento del entorno). La visión del mundo que me venía de mis padres no carecía de coherencia, ni de generosidad, y hubiera parecido que respondía a todas mis aspiraciones. Mantenerme en ella contra viento y marea fue más una fidelidad a mí mismo que a mis padres, que se habían desentendido de mí durante un periodo crucial de mi infancia<sup>35</sup>. Ésa era la primera vez que esa “Verdad” se revelaba insuficiente. No hubo ninguna duda en admitirlo – y por eso mismo, pudiera pensarse, en *franquear el paso*: ¡emprender el vuelo fuera del universo mental que había rodeado mi primera infancia! Al menos, dar a ese descubrimiento el alcance que claramente le correspondía, en virtud de un simple “buen sentido espiritual” que seguramente no me faltaba más que el buen sentido intelectual, realmente era emprender el vuelo, el primer gran paso hacia una verdadera autonomía espiritual.

Pero por otra parte, bien veo que el primer paso fuera del universo mental de mis padres, no lo

---

<sup>33</sup>Por supuesto, ese “alcance inmenso” queda desactivado de su dimensión propiamente personal y religiosa, cuando se tiene la idea de que el Creador, una vez cumplida su Obra, cesa de interesarse y no se ocupa más de ella. Pero si retuve esa idea, sin tomarme la molestia de consagrarle una reflexión, seguramente es porque me convenía, porque iba en el sentido de la “pereza espiritual” que aparecerá claramente a lo largo de la reflexión. Por supuesto, bien sabía que los creyentes afirmaban unánimemente lo contrario, y que entre ellos no faltaban los que tenían el aire (según lo que daban a entender) de saberlo por experiencia personal. Pero jamás se me vino la idea de preguntarle a alguno sobre su experiencia de Dios – ¡ni siquiera a mi madre! Y ella misma se guardó mucho de volver a la carga sobre ese tema, que prefirió enterrar sin tambor ni trompeta (para no sacarlo más que en las grandes ocasiones)...

<sup>34</sup>Mi madre se había formado su propia visión del mundo, opuesta a los valores de sus padres y de la sociedad ambiente, al salir de la adolescencia. Incluso ahora, dejando aparte la inmadurez que le era propia, esa visión me parece atractiva y notable por la audacia del pensamiento totalmente confiado en él mismo, y la generosidad de la inspiración. Más “yang” aún que la de mi padre (más cercana de la intuición directa de las cosas y de las fuentes de conocimiento más profundas que el pensamiento), ella estaba totalmente de acuerdo con su visión, de manera sorprendente. Eso podía darles la ilusión, más allá de continuos choques y de profundas disonancias, de un parentesco (incluso de una comunión) profundo, y sostener el mito de un “amor” absolutamente único, irremplazable, que les elevaba por encima de ellos mismos y de la condición humana... Ni uno ni otro dieron jamás el primer paso para examinar las fuerzas inconscientes que habían actuado en ambos para construir cierta visión de las cosas. Como a todo el mundo y más aún, pues creían ser artífices libres, esa visión les parecía “la Verdad” – y como tal la acogí en mi ser desde mi más tierna edad, y las solas palabras no hubieran podido imprimirla en mí tan profundamente.

En cada uno de mis padres, su visión de las cosas permaneció esencialmente igual a lo largo de la edad adulta y hasta su muerte – no hubo verdadera *maduración* en ninguno de los dos. Los ajustes que mi madre terminó por hacer, después de la revolución española y sobre todo en 1944 por su “experiencia de Dios”, fueron superficiales y en el fondo *gratis*, pues no la implicaban a ella misma de forma verdaderamente neurálgica. Los mitos referentes a su propia persona, sobre los que vivió toda su vida, la acompañaron hasta su muerte. Yo mismo no descubrí la verdad desnuda detrás de esos mitos más que en 1979, veinte años después de su muerte.

<sup>35</sup>No admití ese desinterés a nivel consciente, y no descubrí la destrucción de la familia que ocurrió en 1933, por la despiadada voluntad de mi madre y el subyugado asentimiento de mi padre, hasta después de mi trabajo de 1979. Pero a nivel inconsciente, ciertamente sentí el soplo de la violencia que repentina y misteriosamente se desencadenó en mi madre, y la larga desafección que le siguió, mientras vivía separado de mis padres en una familia extraña. A la edad de ocho años, hubo una especie de corte en mí, respecto de mi pasado y mis padres, que se manifestó por un olvido casi total de todo lo que se refería a ellos. Entonces hice, sin que nada se transparentara a nivel consciente, un “gran tachón” sobre mis padres y sobre lo que me ligaba a ellos. Y sin embargo, ese corte en nada afectó a la visión de las cosas que había tomado de mis padres. Ésta se conservó intacta durante los cinco años pasados lejos de ellos y en un medio totalmente extraño a esa visión.

conseguí más que *treinta años más tarde*, mucho después de que ambos murieran, a raíz de ese “instante de verdad” que ya mencioné en la reflexión de antes de ayer. Y de golpe veo aparecer el *sentido* de esa *ceguera* sorprendente, al catalogar como simple curiosidad intelectual, o poco menos, un descubrimiento visiblemente crucial para mi visión del mundo (si aún no para la de mí mismo...). Mi perentorio decreto “¡Eso no me concierne!” – su verdadero sentido tácito era: “Permaneceré en este universo que me es tan familiar, y donde me siento a gusto!”. Era, so capa de honestidad intelectual (“he descubierto algo, pero reconozco que no tiene consecuencias...”), de lucidez, una *abdicación* espiritual, un negarse a asumir verdaderamente ese descubrimiento. Entonces me deslicé por la pendiente natural de la pereza intelectual, que me llevaba al “conocido” universo familiar, en vez de escuchar y aceptar la interpelación que me llegaba de lo Desconocido – y confrontarme con Él.

En lugar de levantar el vuelo, de abrirme mi propia vía de conocimiento, la que sería auténticamente mía, me lancé desde el año siguiente en lo “desconocido matemático”<sup>36</sup>. Había bastante para tenerme ocupado, y eso sin trastornar en nada mi inercia espiritual – ¡bien al contrario! Permanecía sólidamente acampado entre las cuatro paredes del universo mental que me habían legado mis padres. Aún durante treinta años, lo consideré como la más preciada de las herencias espirituales, que me correspondía preservar y transmitir<sup>37</sup>.

Esa adhesión indefectible a los valores que me venían de mis padres ciertamente no disgustaba a mi madre – ¡bien al contrario! Ella, que acababa de pasar por la experiencia viva de un reencuentro con Dios, y que era la mejor situada (aparte de mí) para sentir lo que mi actitud tenía de falso, de forzado – no recuerdo que me haya dado a entender con una palabra que quizás yo pudiera poner en otro lugar a Dios en vez de colocarLo en una esquina, como una simple curiosidad metafísica.

Y llegado a este punto, comienzo a entrever por qué ese bello impulso en mi madre, para reconstruir de arriba abajo una visión del mundo (en lugar de la que se había, decía ella, roto en “mil pedazos”), con la “nueva iluminación” que le venía de Dios, se malogró tan abruptamente. Nunca lo tratamos entre nosotros (por lo que recuerdo). Sin embargo, bien sabe Dios que no le faltaba perseverancia en las ideas, ni ánimo, en lo que se interesaba verdaderamente<sup>38</sup>. ¡Pero ¿por qué iba a merecer la pena, cuando me veía tan a gusto en ese universo en “mil pedazos” que me había legado, y tan poco dispuesto a salir?! Ese universo era su creación, y mi adhesión a él, su sello en mi ser. (Que ese universo se hubiera quebrado, incluso roto en mil pedazos, jamás se preocupó de dármeLo a entender antes de esa carta (dos meses después de que dichos pedazos se reunieran providencialmente). Tenía motivos para estar asombrado al enterarme de repente, como de pasada, en la cuarta página de una carta – ¡como para olvidarlo al momento!) ¿No había declarado yo que no me importaba el Creador, que estaba aquí como los pelos en la sopa y que yo me encontraba muy bien sin Él entre los penates familiares? Y ciertamente, ni por carta ni de viva voz, jamás se le vino a mi madre la idea de explicarme *en qué* se había quebrado ese universo. De golpe, seguramente, mi oído aturdido y distraído se hubiera vuelto atento: en lugar de una fórmula vaga en que se habla de mil pedazos, reuniéndose milagrosamente en virtud del espíritu santo, ella me habría mostrado uno o dos de esos pedazos, o una fisura al menos. Y tampoco me vino la idea de decirle: ¡tacaña, dónde están esos pedazos! En suma, no tomaba más en serio lo que me había escrito y me pasaba por encima de la cabeza, de lo que tomaba en serio al buen Dios.

Esas fisuras, terminé por descubrirlas por mis propios medios, treinta años más tarde, después de que mi madre estuviera bajo tierra desde hacía diecisiete años sin decidirse a enseñármelas. Para conseguir verlas al fin, esas fisuras que saltaban a la vista, hizo falta que, algunos meses antes, me diera cuenta de una vida

---

<sup>36</sup>No quiero decir que el hecho de lanzarme a la investigación matemática sea necesariamente un impedimento para una maduración espiritual. Pero el hecho es que mi dedicación desmesurada a la matemática realmente fue mi forma de eludir las cuestiones de orden muy distinto que me interpelaban. Las percibía como una sorda amenaza por el hecho mismo de que mi visión del mundo no me permitía responderlas de manera apropiada, ni siquiera de entenderlas – amenazaban la existencia misma de mi universo mental perfectamente sereno, armonioso, bien ordenado. A decir verdad, hacía como toda mi vida (e incluso hasta hoy mismo...) había visto hacer a mi alrededor. La idea de *otra* relación con el mundo que no fuera la de una cerrazón inquieta, no podía venirme de un ejemplo externo. Hizo falta que yo mismo lo experimentara, en 1974 y sobre todo a partir de la gran renovación de 1976, para que consiguiera otra relación con el mundo y con la imagen que me hago de él. La estimulación esencial no provino del exterior, sino únicamente de las fuerzas creadoras de las capas más profundas de la psique. Lo que es decir (ya no puedo tener duda al respecto) que la iniciativa vino de *Dios*.

<sup>37</sup>Esta manera tan arraigada de percibir la herencia de la que me sentía portador permaneció tácita hasta 1976. La formulé por primera vez en la noche que precedió a los “reencuentros conmigo mismo”. Cuatro años más tarde, después del trabajo sobre la vida de mis padres y en anotaciones a esas notas de 1976, es cuando pienso en decirme con toda la claridad necesaria, hasta qué punto “esa preciada herencia” ha actuado como un peso y como una traba, y que la pena y la frustración que experimentaba al no haber podido transmitir nada a mis hijos estaban, cuando menos, fuera de sitio.

<sup>38</sup>Por otra parte, como su salud hacía imposible que retomara un trabajo asalariado, tuvo desde ese momento hasta su muerte trece años más tarde, todo el tiempo para consagrarse a la reflexión.

en ruinas que se extendía tras de mí hasta perderse de vista, y que dijera: hay algo que también debe fallar *en ti*...

En cuanto a mi madre, claramente se dio prisa en olvidar las fisuras, los pedazos, y su bello proyecto de reconstruir de nuevo<sup>39</sup> – y al hacerlo, de forzarme casi a emprender el vuelo, a dejar esa prisión (resquebrajada...) construida con sus manos – la altiva obra de su espíritu, que ella negaría – ¡Dios no lo quiera!

En esos primeros meses del año 1944, hubo *al mismo tiempo*, con diferentes niveles de profundidad pero ambas muy claras, *dos “llamadas de Dios”*, una a mi madre, y la otra a mí. Como toda llamada de Dios seguramente, una y otra eran una llamada a una renovación y liberación interior. Aparentemente, esas llamadas fueron escuchadas – y seguramente podría decirse que mi madre la escuchó realmente, durante un instante. Pero la llamada no fue *seguida* por ella ni por mí. Y ahora veo que su respuesta y la mía fueron estrechamente solidarias, sin que quepa preguntarse cuál de las dos arrastró a la otra. Seguramente, si *uno* de nosotros hubiera tenido la vivacidad espiritual, la fidelidad a lo mejor de sí mismo, como para seguir la llamada, para “moverse” – el otro no hubiera podido dejar de ponerse en movimiento a su vez, a corto plazo – no hubiera podido seguir refrenando por mucho tiempo las profundas fuerzas aprisionadas en él y que pedían expresión. Pero en vez de que las fuerzas vivas en uno y otro se suscitaran mutuamente y se estimularan, ocurrió lo contrario. La pereza intelectual en uno formó bloque con la del otro, para poner una barrera a las fuerzas de renovación y permanecer prudentemente en el statu quo.

Así esas dos llamadas a la renovación desembocaron, en la vida de mi madre y en la mía, en un largo estancamiento espiritual. En mi madre, éste prosiguió hasta su muerte en 1957, trece años después; e incluso (según sé por unos sueños del año pasado) más allá de la muerte aún, para concluir solamente en agosto del año pasado – un estancamiento que ha durado cuarenta y dos años<sup>40</sup>. En mí, duró treinta años, hasta 1974 – hasta el momento en que repentinamente me encontré en una crisis interior parecida a la que mi madre había eludido treinta años antes<sup>41</sup>.

### 33. El viraje – o el fin de un sopor

---

<sup>39</sup>A partir de 1945 y sobre todo en los tres o cuatro años siguientes, mi madre se dedicó a un trabajo autobiográfico de vasta envergadura, en forma novelada. Podría haber sido para ella una ocasión providencial, de profundizar su visión de ella misma y de su vida. Carente de una verdadera sed de conocer, de una sed de verdad, ella no la aprovechó. Jamás le vino la idea de que aún podría tener algo que aprender sobre sí misma. Para ella, el trabajo no podía consistir más que en decir, con toda la finura que pudiera y del modo más llamativo posible, *lo que ya sabía*. Se contentó con revivir y volver a sentir las cosas al mismo nivel en que las había vivido y sentido en su momento, con las mismas anteojeas, reproduciendo tal cuales los mismos engaños inconscientes que en ese momento ya le habían (como a todo el mundo) bloqueado una toma de conciencia “en verdad” de lo que verdaderamente pasaba en ella. Así su trabajo, salvo unas pocas páginas, no era más que un “ejercicio de estilo” literario, servido por un sentido del estilo y un dominio del lenguaje consumados. No era un trabajo creador y no podía serlo, por el deliberado y tácito propósito anclado en ella. Pues sólo hay trabajo creador allí donde constantemente se profundiza y se renueva, en simbiosis inseparable con el trabajo, el conocimiento de lo que nos esforzamos en expresar. Justamente por eso tal trabajo, al lado de la obra externa que produce y como fruto más oculto y más esencial, se acompaña de una *obra interior*, de una transformación y renovación que se opera en el que crea.

Por supuesto, las notas autobiográficas de mi madre han sido para mí un material valioso e irremplazable en mi propio trabajo (nada “literario” esta vez) para “conocer a mis padres”. Finalmente soy yo quien, más de treinta años después de ese trabajo, ha recogido el verdadero fruto, que mi madre rechazó recoger.

<sup>40</sup>A decir verdad, ya desde que salió de la adolescencia, hacia los veinte años, mi madre (como todo el mundo o poco menos...) eludió las innumerables ocasiones para madurar que se le ofrecieron, es decir: para aprender a conocerse. Espiritualmente, veo su vida posterior como un estancamiento casi total, teniendo como únicos hechos notables el choque (saludable en sí mismo) causado por el fracaso de la revolución española, y la “experiencia de Dios” en enero (?) de 1944 – instante de verdad efímero, casi inmediatamente barrido por las fuerzas del yo.

<sup>41</sup>Esa crisis tuvo lugar en abril de 1974, y no desembocó inmediatamente en un trabajo de reflexión consciente, aunque fuera poco sistemático. En seguida me dejé llevar por la corriente de mis ocupaciones y mis proyectos, y quizás ese momento no hubiera tenido continuación, como en el caso de mi madre, si no fuera por un accidente providencial que ocurrió en junio (una pierna rota), y que me mantuvo clavado en la cama durante varios meses. El día después del accidente, ya sabía que había llegado como una oportunidad inesperada, para forzarme a realizar, por fin, un trabajo de reflexión que me incumbía. Hubo un flujo de energía que sustentó la reflexión en las semanas siguientes, tumbado en la clínica de Lodève. Entonces, con todo el cuidado necesario, constaté el fracaso pormenorizado de la visión del mundo que había sido la mía hasta entonces, y que hasta entonces ni me había molestado en formular de modo coherente.



(21 de junio) No es mi propósito entrar aquí en ese largo periodo de estancamiento espiritual, nada homogéneo, que se extiende entre 1944 y 1974. Engloba los veinticinco años de mi vida, entre 1945 y 1970, en que ésta estaba enteramente centrada en mi trabajo matemático, al que consagraba la casi totalidad de mi energía. Durante este periodo es cuando aparece en mí, sin darme cuenta (¿era necesario decirlo?), una *nueva identidad* que se superpone a la antigua, coexistiendo con ella sin gran problema: la de “matemático”, y con más precisión, la de *miembro* de una “*comunidad matemática*” con la que me identifiqué sin reservas<sup>42</sup>. Era, dejando aparte la familia en que nací, la primera comunidad humana de la que verdaderamente sentía formar parte. El episodio en que dejé esa comunidad para no volver más, en 1970, fue vivido primero como un doloroso desgarró, antes de ser sentido como una liberación – como franquear una puerta que hubiera mantenido cerrada demasiado tiempo y que de repente se hubiera abierto sobre un mundo nuevo, insospechado<sup>43</sup>.

Ciertamente no puedo negar un alcance “espiritual” a ese viraje decisivo en mi vida. Pero ahora lo veo sobre todo como un primer *choque* saludable, iniciando una labor que se realiza en profundidades ignoradas, y cuyos verdaderos frutos espirituales no se manifestarán hasta cuatro años más tarde, con el “momento de la verdad” (en abril de 1974) y el trabajo de reflexión que le siguió (junio y agosto del mismo año), y sobre todo a partir de las grandes conmociones interiores de 1976, año de un verdadero “deshielo” en la psique. Hasta entonces, la estructura del yo, que encerraba y ahogaba mi ser como una hiedra que prolifera estrangulando un árbol vigoroso, no sólo permanecía intacta, sino totalmente desapercibida. Había empezado a verla en otros e incluso a discurrir sobre el tema<sup>44</sup>, ¡sin que jamás aflorara la idea de que igual podría ser mi caso! Sólo en 1976 tiene lugar la primera renovación profunda e irreversible de mi ser, culminando a mediados de octubre en los “reencuentros conmigo mismo” de los que ya he hablado<sup>45</sup>. Tres días antes, por primera vez había descubierto la asombrosa separación entre la imagen de mí mantenida durante una vida, y la humilde realidad – y a la vez se desplomó la estructura del yo, solidaria de esa imagen, por primera vez en mi vida. También es el día en que “la meditación” entró en mi vida, es decir una verdadera reflexión sobre mí mismo, bajo el impulso de una sed de conocer que no inhiben ni miedo ni vanidad<sup>46</sup>. Pero me anticipo...

Ya desde el gran viraje de 1970, cuando dejo un medio del que había formado parte desde hacía más de veinte años, mi visión del mundo conoce una conmoción considerable. Quizás exprese mejor el significado psíquico y espiritual de ese viraje diciendo que es el momento en que me liberé de los consensos del grupo al que, no sin una ambigüedad secreta, me había identificado tácitamente hasta entonces.

En cuanto al motivo que estaba en un primer plano para mí y para todos, atañía mucho más al medio que dejaba y al medio científico, su ética, sus compromisos, que a mi propia persona. Ésta no estaba involucrada más que a título de miembro de ese medio, del que seguía (y aún sigo en este mismo momento) formando parte en un sentido estrictamente profesional o sociológico. La crítica se dirigía ante todo al papel de los científicos, y del saber que representan, en el mundo de hoy<sup>47</sup>. De ningún modo estaba inhibida, como

---

<sup>42</sup>Sobre esa identificación con un medio y su génesis, ver CyS I, “El extranjero bienvenido” y “La “Comunidad Matemática”: ficción y realidad” (secciones n<sup>o</sup>s 9 y 10). No es totalmente exacto que esa identificación, estimulada por la acogida benevolente y a veces calurosa dispensada por mis mayores, fuera “sin reservas”. La más importante de todas se refería a la relajación universal, en el medio matemático, frente a la investigación con fines militares y a las fuentes de financiación de origen militar. Pero elegí minimizar la desazón que me inspiraba esa mentalidad, contentándome con no aceptar subvenciones de origen militar, y abstenerme de participar en encuentros matemáticos financiados por poco que fuera con tales subvenciones. Eso me permitía, en suma, “identificarme sin reservas” con mi medio profesional, ¡teniendo buena conciencia! Eran amables y tolerantes conmigo por esa manía algo insólita, y cuando me invitaban tenían cuidado de que la fuente de financiación fuera irreprochable – y a cambio yo también era amable con mis colegas y amigos y no les calentaba la cabeza para convencerles de que hicieran como yo. Así era perfecto y todos contentos, hasta el día en que, inexplicablemente, me mosqueé y me puse a “hacer olas”... Ése fue el “gran viraje” de 1970, que trataremos más abajo. Verdaderamente no comencé a tener conocimiento, de cuál fue la reacción colectiva de mis colegas y amigos a dichas olas, más que en 1984, al escribir Cosechas y Siembras...

<sup>43</sup>En Cosechas y Siembras hablo aquí y allá de ese episodio crucial. Véanse CyS I “El desgarró saludable” (nota n<sup>o</sup> 14), CyS III n<sup>o</sup> 134<sub>1</sub>, CyS 0 Carta sección 3 “La muerte del patrón – canteras abandonadas”.

<sup>44</sup>Bajo la influencia de mis lecturas de Krishnamurti, a principios de los años 70.

<sup>45</sup>En cuanto a la primera alusión que hago en este libro, ver el principio de la sección “Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo” (n<sup>o</sup> 1). Véanse igualmente CyS III “Los reencuentros” y “La aceptación” (n<sup>o</sup>s 109, 110).

<sup>46</sup>Hablo de la meditación aquí y allá en Cosechas y Siembras. Para el descubrimiento de la meditación, ver CyS I “Deseo y meditación”, sección n<sup>o</sup> 36.

<sup>47</sup>Esta reflexión crítica, en parte colectiva, es inseparable de mi compromiso militante con el grupo ecologista y antimilitarista “Sobrevivir y Vivir”, constituido en Montreal (primero bajo el nombre “Sobrevivir”) en julio de 1970. La constitución de ese grupo, al que me dedicaría en cuerpo y alma durante los dos años siguientes, es la que verdaderamente consagró mi salida sin retorno del medio matemático. En adelante, la matemática dejaría de ser la pasión dominante en mi vida.

Algunas palabras sobre ese grupo se encuentran en CyS I “Mis amigos de Sobrevivir y Vivir” (nota n<sup>o</sup> 1). Señalo que la crítica del mundo científico era ante todo de naturaleza “externa”, no se preocupaba más que de pasada del espíritu y de las costumbres que prevalecían dentro de los medios científicos. A este respecto, la perspectiva es totalmente opuesta en Cosechas y Siembras. Es cierto que durante los quince años transcurridos entre tanto, la corrupción en el medio matemático se extendió

era el caso en casi todos mis colegas (entre los pocos en que había alguna veleidad crítica), por ser yo un científico. Espiritualmente e ideológicamente, ya me había desprendido (¡o “arrancado” mejor dicho!) del dominio del grupo.

Luego esa crítica se amplió, como una crítica de vasta envergadura de la “civilización occidental” y del mundo moderno que ha conquistado y aplanado, de los valores que la fundamentan, del “espíritu de los tiempos” que la gobierna inexorablemente y la conduce hacia la destrucción del patrimonio terrestre biológico y cultural y, por eso mismo, hacia su propia destrucción inevitable.

Esa reflexión “ideológica” (en parte colectiva) que tuvo lugar entre 1970 y 1972, y la comprensión (Erkenntnisse) a la que condujo, no han perdido hoy nada de su actualidad, ¡bien al contrario! Y seguramente, en este libro que estoy escribiendo, como en los otros que me quedan por escribir, tendré amplia ocasión de volver sobre ello. Pero en el punto en que estaba entonces, esa renovación ideológica de vastas dimensiones y alcance considerable, no podía hacer por sí misma las veces de renovación espiritual, ni siquiera de contribuir a ella de forma directa y eficaz. A pesar de mis aparentes esfuerzos por “implicarme” al máximo, mis reflexiones sólo tocaban la periferia de mi ser. Seguramente, por haberlo sentido confusamente es por lo que me retiro progresivamente, durante el año 1972, de las actividades antimilitaristas, ecológicas y de “subversión cultural”, sintiendo que estaban a punto de estancarse en una rutina militante, en vez de insertarse en un movimiento más amplio que hubieran podido ayudar a nacer y a tomar conciencia de sí mismo (18). Y sin ninguna duda es también la misma llamada la que me hace lanzarme, con la fuerza sin réplica del noctámbulo, en dos experiencias comunitarias, una en 1972, la otra al año siguiente. Las dos se saldan con el más lamentable de los fracasos. Esos fracasos, después de muchos otros, me traían obstinadamente un mismo mensaje, una misma lección: hasta qué punto, respecto de mí mismo y de los otros, vivía sobre ideas preconcebidas (aunque fueran de mi fabricación...) y discursos ad hoc, más que sobre un conocimiento de la realidad, fruto de una verdadera atención (que sin embargo no cesaba de pregonar...). No comencé a aprender esa insistente lección hasta el año después, en 1974.

Al liberarme del dominio ideológico del medio del que había formado parte, ponía fin a cierta ambigüedad en mí<sup>48</sup>. Aún me encontraba totalmente dentro de la ideología proveniente de mis padres, que sentía me era personal, y al mismo tiempo expresaba *la* “Verdad” sin más... Es cierto que la tumultuosa huída hacia adelante de los años 1970-72 aparentemente me hacía salir de ella, al hacerme reconocer la precariedad de ciertos valores culturales que, para mis padres, habían sido intangibles: “la ciencia”, “la técnica”, “el arte”, “la instrucción”, “la abundancia”, “la civilización”, “el progreso”... Y más de una vez, en esos años, me vino el pensamiento de que, si estuvieran allí, ¡pondrían los ojos en blanco! Y sin embargo, ahora me doy cuenta de que esos ingredientes de la ideología, por importantes que sean, aún permanecen periféricos. Por sí mismos, no tocan de forma verdaderamente neurálgica, o al menos no tocan *en mí*, a la *relación con el prójimo*.

Ahora bien, claramente siempre es *ahí* donde aprieta el zapato<sup>49</sup> – y es al nivel de mi relación con mis allegados al que mi vida, después de veinte años, se reducía a una larga sucesión de derrumbamientos (siempre imprevistos y desgarradores) y de fracasos. Mi vida familiar parecía aquejada, como por una maldición secreta, por una *degradación* misteriosa, inexorable. Parecía como si todo movimiento que hiciera para detenerla, y poner las cosas en su sitio o ponerlas en claro, no hiciera más que precipitarla – como en una marcha alucinante sobre un pavimento aparentemente firme que a la vez fuera, insidiosamente y sin decirlo jamás, unas arenas movedizas...

Quizás sea éste el momento de precisar que ese periodo que he calificado de “estancamiento”, entre 1944 y 1974, incluye también (con dos años de diferencia) el largo movimiento de una degradación incomprensible, sordamente inquietante y, por momentos, de una violencia alucinante, primero en la relación entre mi madre y yo (1952-57), luego, sin interrupción alguna, en la familia que fundé desde el mismo año de su muerte

---

y se agravó de modo espantoso. También es cierto que ambos aspectos no pueden separarse. Cierta espíritu que prevalece entre los científicos (y no es de ayer, cuestiones de grado aparte...), e incluso en la producción de una sociedad totalmente “desespiritualizada”, es el que parece predestinarla, por una especie de inexorable “lógica interna” espiritual, a su papel de motor ciego en la autodestructiva carrera hacia adelante del mundo moderno.

<sup>48</sup>He explicitado esa ambigüedad ideológica en una nota a pie de página anterior (nota 41, página 17).

<sup>49</sup>Aquí está, como digo, el lugar “visible”, manifiesto, donde “aprieta el zapato”. Pero cuando la mirada profundiza, se comprueba que el desarreglo (a menudo bien visible) de la relación con el prójimo no es más que el reflejo visible de un desarreglo más profundo e invisible, en la relación *consigo mismo*. Y la relación *consigo mismo*, por otra parte, es inseparable de la relación con *Dios* – con “Dios en nosotros”. Cuando una es sana, es decir se arraiga en una fe viva, la otra lo es, y eso incluso aunque “Dios” no sea jamás nombrado ni conocido como tal. Y cuando éstas son sanas, también lo es la relación con el prójimo.

(1957-76)<sup>50</sup>. Esa degradación no terminó hasta la entrada de la meditación en mi vida (octubre de 1976) – entonces es cuando ese peso, que me había aplastado tanto durante veinte años, por fin se me quitó de encima...

¡Pero de nuevo anticipo! Lo que quería ilustrar ahora, es que en lo *esencial*, en lo que concierne al fundamento mismo de mi relación con el prójimo, permanecí encerrado en el universo ideológico de mis padres más allá del primer gran viraje de mi vida adulta, el de 1970. En la óptica espiritual, ahora veo ese momento crucial como aquél en que, sin despertarme aún del todo, me sacudí un sopor mortal y me separé de un medio anestésico, de un agobiante ambiente de “templado invernadero” científico. Pero el primer paso verdaderamente decisivo que me hace franquear al fin ese “círculo invisible”, que había rodeado mi infancia y encerrado toda mi vida adulta sin saberlo, sólo lo daría cuatro años más tarde, en abril y luego en junio y julio de 1974.

### 34. Fe y misión – o la infidelidad (1)

(22 y 23 de junio) Finalmente, ayer no hablé del buen Dios y de mi relación con él. Además, una especie de inquietud habría querido retenerme sin cesar: “francamente diverges – ¡en qué digresión estás a punto de embarcarte!”. Pero no me he dejado impresionar. Hay que decir que empiezo a estar algo avezado contra esa clase de amonestación tácita. No debe de haber ni una sola de las 33 secciones y 18 notas ya escritas que no lo fueran a la contra de esa misma voz, diciéndome que iba a hacer perder el precioso tiempo del lector (sin contar el mío) y a seguir así con mi incorregible manía de cortar en cuatro unos pelos invisibles, claramente fuera del tema. Tendré que habituarme...

Por otra parte, empiezo a darme cuenta de que sería artificial querer limitarme al pie de la letra a mi propósito inicial: hacer un relato (¿breve?) de mi relación con Dios. Al menos si tuviera que limitarme a los sucesos y episodios de mi vida en los que Dios ha intervenido nominalmente de una forma u otra. Entonces no encontraría, antes del pasado mes de octubre, más que el magro episodio de 1944 en que admito sin reservas la existencia del Creador del Universo, me descubro ante él y lo arrincono con la idea de no sacarlo nunca más. Y además (¡me olvidaba!) mi obra de niño precoz, “Sascha y el buen Dios”<sup>51</sup>, predecesora de la historieta cómica (metafísica en este caso), que establecía la inexistencia de dicho buen Dios por una “reducción al absurdo” bien clara.

Sin embargo, incluso ayer en que la palabra “Dios” no se pronunció<sup>52</sup>, en el fondo bien sabía que “Él” estaba allí a pesar de todo. De hecho, con la reflexión que llevo a cabo al escribir el presente libro, me doy más y más cuenta de que incluso cuando no se nombra a Dios, todo lo que concierne a nuestra evolución espiritual en el verdadero sentido del término también concierne a nuestra relación con Dios. O mejor dicho, para un ojo plenamente abierto a la realidad espiritual, lo que es decir también y sobre todo para Dios mismo, seguramente no hay ninguna distinción entre la “espiritualidad” de un ser en un momento dado, y su relación con Dios en ese mismo momento. Que la presencia de Dios y la existencia de una relación con Él, o el alcance de esa relación que encarna lo propiamente *humano* de ese ser, no sean reconocidos por éste, no cambia nada.

Así mi propósito inicial, que primero se me presentó bajo un aspecto simplista, formalista, se ajusta por la lógica interna de la reflexión escrita, para tomar poco a poco su verdadero rostro: es un *esbozo* (a grandes rasgos) *de mi evolución espiritual* desde la infancia hasta el año pasado. Y haberlo sentido antes de habérmelo dicho es, seguramente, lo que me forzó ayer la mano para que “perdiera el tiempo” como a mi

<sup>50</sup>Entre 1952 y 1970 mi actividad matemática se convierte más y más en un *refugio* de los problemas, jamás afrontados, de mi vida familiar. La desmesura de mi dedicación a las matemáticas se me presenta ahora como una compensación y un drenaje de la angustia inhibida que mantenía y creaba esa degradación inexorable. No creo que tal actitud de huida fuera congénita en mí, pues se volatilizó como por ensalmo en 1974 y en 1976 (y dudo que sea congénita en alguien). Pero, a falta de haber tenido otro ejemplo delante de los ojos, la idea misma de otra actitud ante los problemas que me ponía la vida ¡jamás se me vino antes de los cuarenta y seis años! Sin contar con que en absoluto me daba cuenta de esa actitud de huida – de ese rechazo a *enfrentarme* verdaderamente con los problemas que me acosaban, es decir, de buscar *su sentido*. Para eso hubiera hecho falta que tuviera idea de lo que es “enfrentarse” a un problema personal (nunca había visto hacerlo a nadie), y que supiera que los “problemas” tienen un sentido, y que si verdaderamente lo buscamos, lo encontramos...

<sup>51</sup>Ese episodio se narra al principio de la sección “Rudi y Rudi – o los indiscernibles” (nº 29).

<sup>52</sup>Salvo en la nota “La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios” (nº 18), del mismo día.

pesar con el viraje de 1970, que representa también *el* gran corte en mi vida de matemático. La insistencia en mí del movimiento que ayer me llevaba, en contra de mis intenciones conscientes, a “perder el tiempo” sobre un episodio “fuera de lugar”, ahora me parece como un signo y una confirmación del alcance de ese episodio en mi aventura espiritual. A la vez también se ajusta mi visión del “largo estancamiento espiritual” que antes había colocado entre 1944 y 1974. Ahora me parece más razonable y más justo extenderlo sólo hasta principios de 1970, aunque cierto “paso decisivo” no se lograra hasta cuatro años después. El “desgarro saludable” de mi medio profesional, como un primer paso hacia una autonomía espiritual, también fue un paso decisivo, seguramente indispensable para preparar el que le siguió cuatro años más tarde, y para todos los demás que se han suscitado unos a otros y se han realizado hasta hoy mismo.

En los veintiséis años que transcurrieron entre 1944 (en que descubro al Creador y Lo meto en el cajón de los trastos inútiles) y 1970 (en que me separo del medio matemático y la matemática deja de ser la pasión dueña de mi vida), percibo un “tiempo fuerte” que viene a cortar la árida monotonía espiritual de esa larga travesía del desierto, como un fresco oasis encontrado en el camino. Ocurrió justo en medio, en 1957, año excepcional en mi vida por más de una razón. Se extiende sobre unos seis meses, entre el mes de junio o julio y finales de diciembre. Quisiera decir aquí algunas palabras.

Ese año, junto con el siguiente, fue sin duda el más creativo y más fértil en mi vida de matemático. Marca la génesis de la gran visión innovadora que inspiró toda mi obra de geómetra, en los doce años siguientes y hasta el momento de mi salida del medio matemático<sup>53</sup>. También es el año de la muerte de mi madre (en el mes de diciembre), que marca un corte capital en mi vida. Además, es el año en que encontré a la que iba a ser mi compañera. En los días siguientes a la muerte de mi madre, y como llamada por esa muerte, comienza una vida en común que llegaría a ser marital: es entonces cuando fundo (sin darme mucha cuenta...) la nueva familia que, en mi espíritu, debería continuar a aquella donde nací<sup>54</sup>.

La conjunción de esas tres circunstancias ciertamente bastaría, ella sola, para marcar ese año como excepcional en mi vida, y también en mi aventura espiritual. Pero es otra circunstancia la que también me incita a mencionarlo aquí. En ese año, y por primera vez desde que, joven de diecisiete años, me lancé a tumba abierta en el trabajo matemático, y también única hasta el momento de mi salida del mundo matemático, hago una *pausa*. Durante todo el verano, a partir del mes de junio o de julio, ni toco las matemáticas. Durante esos meses, hay como el inicio de un retorno sobre mí mismo, pero sin que me venga la idea de una “reflexión” digna de tal nombre. Y mucho menos hay entonces (como será el caso en 1974, dieciséis años más tarde) una reflexión escrita, sacando de la escritura un vigor dinámico como el que anima mi trabajo matemático. Pero por primera vez en mi vida se hace sentir en mí una *necesidad de renovación*, claramente percibida y aceptada como tal. Tenía el sentimiento, y no sin razón, de que ya sabía lo que era el trabajo matemático, y la creación matemática. En ese trabajo, había comenzado a dar mi medida, y me había hecho un sólido renombre internacional. Unos meses más tarde, un avance decisivo iba a consagrarme como “gran vedette”<sup>55</sup> – pero ésa era entonces la última de mis preocupaciones. Bien sabía que aún podía hacer un buen trabajo en matemáticas, quizás incluso grandes cosas quien sabe (¡tenía muchas que me parecían jugosas!), sin parar y hasta el fin de mis días, sin agotar jamás lo Inagotable. Pero no veía el *sentido* de seguir así, sobrepasándome sin cesar a mí mismo.

No es que estuviera fatigado del trabajo matemático que me había apasionado unos días o semanas antes, y menos aún harto. No sentía menos que antes la belleza y el misterio, y el atractivo casi carnal de las matemáticas – de la que para mí había sido la más acogedora de las amantes, la que me había colmado siempre que acudía a ella. Y también conocía el gozo del que edifica con sus manos, amorosamente, piedra a piedra, amplias y hermosas moradas, que no se parecen a ninguna otra que mano humana haya construido jamás, el gozo de la creación: hacer surgir lo que antes jamás ha sido, lo que ningún otro haría en mi lugar justo de *esa* manera...

Sabía todo eso, y a la vez supe entonces que eso “nuevo” que podía seguir haciendo salir de mis manos, con la aprobación unánime de todos... – que en adelante eso permanecería, en una óptica diferente, encerrado

---

<sup>53</sup>Sitúo brevemente ese año en relación con mi obra matemática en CyS 0, “paseo por una Obra” (sección n° 8), principalmente en unas notas a pie de página de esa sección. Es interesante señalar que el verano de ese año excepcional también estuvo marcado por un flujo de energía erótica y por una íntima comunión con mi cuerpo, como no había conocido otro antes del verano del año crucial 1976, que también fue un año de silenciosa plenitud del cuerpo y del impulso amoroso.

<sup>54</sup>Antes he hablado de la “destrucción de la familia” que tuvo lugar en 1933, y no era ningún eufemismo. Esa destrucción violenta jamás fue asumida (y por eso mitigada, por poco que sea) por mi madre, ni por mi padre, y me ha sido dado poder seguir los efectos sobre cuatro generaciones sucesivas. Esa familia despedazada jamás fue reunida, jamás reencontrada. Sin embargo, seguía sobreviviendo en mí ser contra viento y marea, así de profundas y fuertes eran sus raíces en mí, en el momento en que esa destrucción se consumó.

<sup>55</sup>Con el conjunto de ideas y de técnicas que rodean el teorema de Riemann-Roch-Grothendieck, desarrollado durante ese año y logrando ese mismo año la demostración de ese teorema.

en el círculo de lo “ya conocido”. Por más “nuevo” que fuera, ¡no me enseñaría algo verdaderamente nuevo! O mejor dicho tal vez: había dejado de *nutrir* verdaderamente mi ser. O, si aún lo nutría de algún modo, seguramente carecía de algo esencial.

Eran cosas sentidas, que entonces no intenté pensar ni formularme con palabras para profundizar esa percepción aún confusa de una realidad que entonces entreveía por primera vez: la de los *límites* de algo ilimitado, como es la creación matemática; la de la *reiteración* de un trabajo que sin embargo, a su nivel, era realmente un trabajo creador. Ahora me parece que entonces me confronté, quizás por primera vez en mi vida (al menos con tal agudeza), a la diferencia de *nivel* entre dos realidades de distinta naturaleza aunque íntimamente ligadas: la realidad “*intelectual*” en que se situaba mi trabajo matemático, y la realidad “*espiritual*” que se le escapa casi totalmente a ese trabajo. A nivel intelectual mi trabajo era creador, y me aseguraba una expansión, una plenitud. Pero visto desde el nivel espiritual, más elevado, ese trabajo se realizaba en un contexto y con unas disposiciones que hacían de él un trabajo repetitivo, un trabajo rutinario – un trabajo con una cosecha de éxitos, de admiración y de elogios, asegurada de antemano – un trabajo privado del incesante aguijón de la incertidumbre y del riesgo, que haría de él una aventura del espíritu y no una sinecura. Pero sobre todo, era un trabajo cuyo lugar en mi vida ya era devorante, como un órgano antes sano que se hipertrofia en tumor y drena la fuerza y la sabiduría de todo el cuerpo, hasta el punto de debilitarlo y marchitarlo, y en el límite, de provocar su muerte. Debía sentir que en ese plano más elevado y más profundo a la vez, que aún no percibía más que muy oscuramente, me marchitaba, y que ya era hora de poner remedio.

Entonces no hubo ninguna resistencia contra el conocimiento que surgía de las profundidades. Confíe totalmente en él, igual que en 1976, casi veinte años más tarde, confiaría en los mensajes que me llegaban por los sueños. En uno y otro caso, sabía que lo que se me decía era *verdad*, y se me decía por mi bien. Fueron semanas de recogimiento y de escucha, llegando como un milagro, en un registro totalmente diferente de todo lo que mi vida había sido hasta entonces<sup>56</sup>. Se daba por sobreentendido que iba a parar de hacer matemáticas. Ni siquiera tuve que tomar una “decisión”, sopesar el “pro” y el “contra”. Toda reflexión era inútil. La alegría que me producía el pensamiento de volver esa página bien repleta, y de encontrarme ante la página en blanco que ya me llamaba – esa alegría me mostraba, mejor que cualquier reflexión, que estaba en el buen camino: el *mío*.

Pensaba que me haría escritor. Durante esas semanas pasé buena parte de mi tiempo escribiendo poemas, o breves esbozos literarios, traduciendo al francés una obra poética en alemán<sup>57</sup> que me había encantado...

La idea de las dificultades materiales que tendría que afrontar al dejar una situación segura en el CNRS ni se me ocurrió entonces. ¡Había visto muchas otras! Y tampoco me turbó la perplejidad, más sería: si me hago escritor, ¿qué voy a escribir? No dudaba que cada día me diría lo que debería hacer ese día – qué trabajo realizar y cómo. A veces, al pensar en esto de pasada, después del “re-nacimiento” que tuvo lugar en 1976, me digo que me faltaba madurez, que entonces no tenía un mensaje que comunicar, que corría el riesgo de girar en el vacío. Sin embargo, volviendo hoy sobre ese episodio y penetrando su sentido, me parece que tal confianza nunca está fuera de lugar, cuando es (como entonces fue el caso) expresión de una auténtica fe en la voz interior. Esa voz no es otra que la voz de Dios. Los “medios” (aquí la madurez, el mensaje) son entonces enteramente secundarios. Cuando hay fe, y fidelidad a esa fe, esos medios nacen y se desarrollan conforme a las necesidades, día a día, por efecto mismo del trabajo que se realiza en la fidelidad a sí mismo. Esas cosas siempre nos vienen *por añadidura*.

Ahora me doy cuenta de que los veintinueve años que entonces estaban detrás de mí representaban una riqueza prodigiosa, casi inagotable. Si hasta entonces me había mantenido en la superficie de todo lo que ella tenía para enseñarme, y en la superficie de mi ser de profundidades insospechadas, era por un propósito deliberado común a todos y que seguía a ojos ciegos, prisionero sin saberlo de una común ignorancia. Y la voz que surgía de las profundidades me llamaba, seguramente, a librarme de ese propósito deliberado, de esa ignorancia, a conocer la insospechada riqueza que llevaba en mí, a zambullirme, a explorar – que el brote lleno de savia se abra en flor y que la flor se haga fruto y el fruto madure – ¡a beneficio mío y de todos!

Esa voz interior que entonces supe escuchar, ahora la reconozco como la voz de una *misión* que sin saber llevaba en mí, seguramente desde mi nacimiento<sup>58</sup> o incluso desde mucho antes de mi nacimiento,

<sup>56</sup>Los cinco años anteriores, que serían los últimos en la vida de mi madre, fueron particularmente duros, de tan intratable que llegó a ser la relación con ella. Por compensación, me blindé al máximo, procurándome un drenaje con los éxitos fáciles de mi trabajo matemático. El contraste es tanto más acusado con las disposiciones tan diferentes en que me encontré durante esas semanas de silencio y de escucha.

<sup>57</sup>Se trata del “Corneta” de Rainer María Rilke.

<sup>58</sup>Eso es lo que comprendí por uno de mis sueños de finales de octubre. El término mismo de “misión”, con la resonancia

quizás desde siempre – igual que cada ser, quizás, lleva en sí su propia misión, que le pertenece cumplir y descubrir al caminar. Y en mi fe en la voz interior, reconozco la *fe en mi misión*, que fertiliza mi vida en un momento en que la idea de alguna “misión” que tuviera que cumplir ni se me habría ocurrido, y en que habría sido incapaz (suponiendo que alguien me plantease la cuestión) de adivinar y decir en qué podría consistir. Y sin embargo entonces tenía el conocimiento inexpresado, más profundo que las palabras, de la misión en mí – un conocimiento que era como la carne de esa fe total, que vivía en mí.

Y en esa fe reconozco a la vez “la fe en Dios”, que en esas semanas estaba viva y robusta en mí y actuaba, mientras que la idea y el nombre de Dios estaban muy lejos de mí, y seguirían estándolo durante casi tres decenios más.

Estaban ese conocimiento y esa fe, que llenaron mi ser durante semanas, quizás meses. Y por supuesto las matemáticas, en adelante, serían un capítulo cerrado, que dejaba tras de mí. Y no obstante, ¡no dejé el medio matemático hasta trece años después! Durante doce años, fui infiel a la llamada que había surgido en mí y que acogí, infiel al cambio que oscuramente estaba en gestación en mí y me llamaba para realizarse y ser. Ésa es, quizás, la primera infidelidad de mi vida y la más esencial, una infidelidad plena. Pues las faltas y los errores que provienen de la ignorancia, incluso si fuera deseada y mantenida, propiamente hablando no son infidelidad a sí mismo. Aquí, por el contrario, había pleno conocimiento (aunque éste permanecía inexpresado), y plenitud de fe (aunque el objeto de esa fe permanecía oscuro e incomprendido).

Nunca hubo decisión vivida como tal, del tipo “después de todo, voy a seguir haciendo matemáticas, es más seguro...”. Más bien un deslizamiento insensible, que me hace regresar inexorablemente a la órbita de los hábitos adquiridos. Tenía algunos trabajos en curso, ciertamente, que me llegaban al corazón más que otros, y me decía que antes de cerrar la tienda, iba ponerlos negro sobre blanco y a publicarlos – ¡sería una pena que se perdieran! Y lo dije, ¡quién lo duda! “con la mejor fe del mundo”. Pero seguramente ése ya era el acto de dimisión que oculta su nombre. Porque cambiar, eso no es para mañana, ni para dentro de seis meses cuando hubiera terminado esto o lo otro. Eso no tiene sentido más que cuando la vida cambia al instante, sin retornar ni tergiversar.

Sin embargo debería saber que un trabajo que se pone “negro sobre blanco” pensando ponerlo en treinta páginas, lo es de trescientas enseguida, y de diez trabajos más que se incorporan por el camino y nadie hubiera soñado que también habría que poner en claro para tener verdaderamente la impresión de haber llevado a buen fin y comprendido el trasfondo del trabajo inicial<sup>59</sup>. Era inevitable que me volviera a pillar el engranaje, ¡y no falló! Doce años después allí seguía, y tan a gusto que hacía mucho tiempo que esas ideas un poco alocadas de “lanzarme a la literatura” habían sido olvidadas.

### 35. La muerte interpela – o la infidelidad (2)

(24 y 25 de junio) He vuelto a pensar en la historia del hombre que “tenía muchos bienes”, y que “se marchó muy triste” por no poder seguir a Jesús, que le había pedido dar sus bienes a los pobres y seguirle<sup>60</sup>. Al

---

particular que tiene, me lo ha sugerido el libro de Marcel Légaut (citado ya en la nota “Pensamiento religioso y obediencia”, n<sup>o</sup> 12), “El hombre en busca de su humanidad”. Lo estoy leyendo estos últimos días, y me he sentido particularmente tocado por su capítulo “Fe y Misión” (cuyo título he tomado como nombre de esta sección, sin siquiera darme cuenta). El pensamiento de Légaut, expresión detallada de una percepción delicada y profunda de la realidad espiritual, viene aquí espontáneamente en mi socorro, para ayudarme a captar el sentido del episodio que estoy examinando por primera vez, y que permanecía incomprendido.

<sup>59</sup>Esta situación es muy parecida a la que se dio durante la escritura de Cosechas y Siembras y el siguiente año, entre principios de 1984 y julio de 1986. He visto multiplicarse y crecer a simple vista las tareas matemáticas que aún querría llevar a cabo “en los próximos tres o cuatro años”, para esbozar a grandes trazos la gran visión... Con secreta inquietud, y sin querer reconocerlo apenas, sentía que el resto de mis días, que incluso cien años no bastarían – y que otra vez me dejaría atrapar por un engranaje bien familiar...

Sin la intervención de Dios, hablándome por el lenguaje de los sueños, no sé cómo hubiera acabado eso – si habría sabido tener la lucidez y la determinación de cortar por lo sano. Si hoy en día toda duda se ha desvanecido, es porque tengo conocimiento, sin traza de ambigüedad o de duda, de mi misión. Para el sentido común y la sabiduría humana, parece sin esperanza – ¡una voz que clama en el desierto! Pero incluso si mi voz no suscitara ninguna respuesta, ahora sé que no gritaría en vano. Ya no me incumbe a mí, sino a Dios, cuidar la cosecha de las siembras que Él mismo ha ordenado...

<sup>60</sup>Véase el Evangelio según San Marcos, 10, 17-22.

releerlo, hace apenas unas semanas, me dije: ¡que oportunidad tan extraordinaria perdió, por unos malditos terrenos y casas que tenía y le poseían! Por supuesto que si yo hubiera estado en su lugar habría dejado todo sin pensarlo dos veces, no hay la menor duda. Es una pena que Jesús ya no esté por estos pagos...

No entré en la profundidad del relato evangélico. La llamada de Dios, tanto por el ministerio de Jesús como de cualquier otra forma, nos llega sin avisar y nos coge desprevenidos, en la verdad de lo que somos – y nuestra respuesta nos revela, como nada más podría hacerlo. Y hay otras riquezas que nos poseen sin ser casas ni tierras ni cuentas bancarias. En mi caso, desde principios de los cincuenta y cada vez más a medida que amasaba mis “bienes”, fue mi obra matemática la que me “tenía” – tanto la ya realizada, publicada negro sobre blanco en separatas y en volúmenes que se amontonaban en una pila bien coqueta a fe mía, como la que sentía germinar y brotar en mí y que me llamaba y me jalaba para ser... Esa obra, encadenándome a un pasado incomprendido y a un futuro del que me creía dueño, y todo lo que a su alrededor me gratificaba y daba seguridad, en la plenitud de mis facultades y en la euforia de la aprobación unánime... Ayer comprendí que yo mismo he sido el joven rico, escuchando la llamada tan claro como es posible, para darse la vuelta finalmente (no sin un secreto malestar), porque “yo tenía muchos bienes...”.

Ese mismo año 1957, apenas unos meses después del episodio que narré ayer, la llamada se dejó oír de nuevo, pero esta vez con una fuerza perentoria muy distinta, la muerte de mi madre. Me fue dado estar a su lado en las últimas semanas de su vida, cuidarla y verla morir. Y también, en esas últimas semanas, ver disiparse como si nunca hubiera existido, la árida y áspera desesperación en la que se había mantenido durante los cinco últimos años. Su muerte vino también como la inesperada resolución de una tensión acumulada tal, que creo que me habría destrozado si mi madre no hubiera muerto reconciliada, cariñosa y en paz. Esa muerte fue vivida por mí como un inmenso alivio. Durante cinco años había estado suspendida sobre mí como una amenaza mortal, como una maldición devastadora, pronunciada hacía mucho y que inexorablemente aguardaba su hora para cumplirse – y ahora que esa muerte estaba consumada, la maldición que me reservaba se había desvanecido, milagrosamente, y la violencia sin nombre que la había inspirado.

En esas últimas semanas que precedieron al fin, esa muerte fue presentida inminente y a la vez desesperadamente rechazada. Todo en mí se encabritaba contra ella, de lo impregnado que estaba de toda la angustia contenida de los últimos años. Pero una vez consumado lo impensable, y pasado el primer choque – desde el día siguiente, tras el sueño necesario concedido a un cuerpo agotado por las vigiliadas – ese sentimiento de alivio, de una liberación inesperada, me llenó por completo. Y en ese inmenso alivio, en esa *alegría* de la liberación, había un reconocimiento y una ternura para con la que había muerto – que ese último acto de su vida haya sido, no un acto de maldición y de odio, sino, inesperadamente, un acto de reconciliación y de amor.

Entonces acepté esa repentina liberación como un inesperado *don* que me hacía la vida. No hubo ninguna veleidad de vergüenza, intentando reprimir esos poderosos sentimientos, expresión de una realidad elemental, irrecusable, para reemplazarlos mal que bien por el “duelo” de costumbre. Mi relación con la muerte, inicialmente sana y nada cargada con las habituales tonalidades de angustia y repulsión, fue profundamente perturbada por los últimos años de la vida de mi madre. Pero al retomar contacto, con la muerte de mi madre, con la humilde realidad física de la degradación de la carne y de la muerte carnal, esa relación se vació por sí misma del contenido de amenaza y de violencia que la había desnaturalizado, para convertirse en una relación simple y al mismo nivel, una relación *amorosa*. Desde ese momento, creo, la muerte ha comenzado a ser para mí casi una amiga, o al menos *una de las caras de la vida*. Una cara grave, pero en modo alguno amenazadora ni cerrada, dulce en ese recogimiento del silencio, y acogedora.

Seguramente esa cara me interpelaba, y esa extraña muerte – esa calma repentina, después de tanta violencia. Es la primera vez en mi vida, creo, en que sentí *que había algo que comprender*, algo que me pertenecía sondear, una lección que se me proponía y debía aprender. Era otra vez una llamada, pero aún más clara esta vez, porque me planteaba una *tarea*: la de asumir un pasado, de comprender.

¿La relacioné entonces con la llamada que me llegó al principio del verano? (Ya me había dejado coger y llevar y encerrar por la tareas familiares y que dominaba, por esas tareas que eran mis bienes y me poseían...). No sabría decirlo con certeza. De nuevo esta vez todas esas cosas no existían más que al nivel de lo sentido, sin que me viniera la idea de reflexionar sobre ello, y menos aún de abrirme a alguien.

Con todo, creo que entonces esas dos llamadas se asociaron en mí. En los días que siguieron a la muerte de mi madre es cuando debió presentarse, ¡oh, muy discretamente! una idea que volvió de vez en cuando en los meses y años siguientes, con cierta insistencia (la discreta insistencia de un sueño que vuelve para obsesionar nuestras noches...), antes de desvanecerse sin retorno en la marisma del olvido... He aquí de qué se trata.

A su muerte mi madre dejaba el manuscrito completo de una novela autobiográfica (hasta 1924, año

del encuentro con mi padre), y otros escritos también autobiográficos, que comenzó a escribir en 1945 y dejó a medias en 1952<sup>61</sup>. Esos textos debían ensamblarse en un vasto fresco histórico y personal a la vez, con tres grandes paneles<sup>62</sup>, que nunca terminó. Ella estimaba que ninguno de esos escritos estaba listo para su publicación, y decidió que nada debería publicarse, ni siquiera después de su muerte. Con perspectiva, me doy cuenta de que ésa fue una sabia decisión, dictada seguramente por un sano instinto. Sin reconocerlo jamás, y más allá de las imperfecciones formales, oscuramente debió sentir una carencia más esencial que era la verdadera causa, la carencia de una *profundidad* que no hubiera podido alcanzar más que dejando que se realizara una maduración que se gestaba en ella desde su adolescencia, y que durante su vida había rechazado... Lo cierto es que esa decisión de mi madre me apenaba, aunque sólo fuera por piedad filial. Sin embargo, sentía que no era infundada, que algo, que entonces no habría sabido nombrar, “fallaba” en ese testimonio de una vida que me tocaba tan de cerca. Testimonio desconcertante, para mí más que para nadie, por una especie de despiadada sinceridad que deja con hambre, a falta de lograr la cualidad de verdad (salvo en unos pocos momentos). Era como un pan de una masa excelente que, a falta de levadura, no hubiera fermentado...

Mi idea era que con el material biográfico tan rico dejado por mi madre, quizás podría encargarme de llevar a buen fin la obra que ella había comenzado, aunque sólo fuera el primero de los cuatro retablos previstos. De publicar la novela, ya escrita, tal vez bajo una forma muy diferente que faltaba encontrar, bajo su nombre o el mío o el de los dos, no sabría decirlo... Por supuesto, por más que me faltara madurez, no podía dejar de sentir lo que esta idea tenía de desequilibrada, por decir lo mínimo – que no podía, ni con las mejores intenciones y toda la piedad filial del mundo, escribir la obra *de otro*. Y sin embargo, esta idea tuvo que presentarse y volver a mí con una insistencia paciente y obstinada, para que aún ahora la recuerde ¡mientras que he olvidado casi todo! Tomada al pie de la letra, incluso me choca como francamente absurda, loca. Hasta tal punto que ahora me sorprende de no haberla rechazado como tal<sup>63</sup> – de que haya mantenido en mí un atractivo tan tenaz. Pero al mismo tiempo comienza a despuntar en mí que esta idea, ciertamente loca e imposible de realizar, era una idea *fértil*. Incluso mejor, era *la idea por excelencia*, que en ese momento tenía la cualidad particular que podría permitirme sacudir el sopor espiritual que me había invadido y retomar el contacto, mediante una *tarea precisa*, con la misión informe, tácita, que reposaba en mis profundidades y aguardaba que le diera libertad para tomar cuerpo y expresarse. Lo que hacía tan loca a esta idea, era lo mismo que le daba su fuerza – toda la fuerza de mi afecto a mi madre, de la admiración que le tenía, de mi deseo de poder servirle más allá de su muerte, con un trabajo que perpetuaría su memoria. Y estas poderosas motivaciones en modo alguno eran un engaño. No hay duda que si hubiera tenido la fidelidad de seguir esa llamada y agarrar estrechamente y con todo mi ser esa tarea imposible, esa loca tarea – ésta se habría transformado día a día por ese mismo trabajo. Se habría revelado como el camino que Dios me proponía entonces para suscitar y desplegar mi transformación embrionaria, ignorada, aún no nacida y que pedía nacer. Y ese trabajo que me llamaba y me mostraba el camino de mi propio ser, de mi propia transformación, me estaba destinado como una bendición ciertamente para mí, pero también para mi madre que acababa de morir. No, como imaginaba en mi ignorancia, para perpetuar su nombre y glorificarlo delante de los hombres (como ella misma había querido hacer sin reconocerlo), sino para ayudarla de un modo misterioso, más allá de la muerte que había transformado su existencia terrestre en *otra* vida, a asumir en el más allá lo que había rehusado asumir aquí, y así, hacer que se cumpliera en ella su propia transformación, bloqueada por ella durante su vida.

Esa llamada, ahora lo veo claramente, retomaba y precisaba la primera llamada, que había eludido. A la perplejidad que había permanecido en suspenso: “¿qué voy a escribir si me declaro escritor?”, le daba una respuesta: nada menos que la vida de mi madre, ¡tenía más trabajo del que me hacía falta!

Y esa idea loca y absurda para una sabiduría superficial era, en verdad, una “idea genial” – y providencial; incluso tan genial y providencial, que no sólo en ese momento sino en los veinte años siguientes, habría sido incapaz de concebirla por mis propios medios. A decir verdad, no la entendía – no entendía el *sentido* detrás de lo que podía parecer un sinsentido, y que sin embargo seguía atormentándome como un sueño absurdo, tenaz y obsesivo. Después de algunos años, el Mensajero paciente y benevolente debió cansarse. O mejor, yo estaba aferrado e instalado hasta tal punto en mi letargo, que no merecía la pena

<sup>61</sup>Ese trabajo se cita en una nota a pie de página de la sección “La llamada y el rechazo” (n° 32), nota 38 página 16

<sup>62</sup>La novela ya terminada, “Una mujer”, sería la primera parte del tríptico “El Camino”. La segunda parte tenía como tema principal la vida de emigrantes en Berlín y París. La tercera parte estaría consagrada a la experiencia de la revolución española, y a la de los campos de concentración en Francia.

<sup>63</sup>A decir verdad, en un principio estuve a punto de dejar de lado la idea de pararme aquí a pensar sobre la muerte de mi madre y sobre esta “idea loca”, ¡justamente porque parecía tan aberrante! Como a menudo, he debido sobreponerme a una tenaz resistencia para incluir este episodio y, además, para no despacharlo deprisa y corriendo (que no hubiera pegado nada), y examinarlo con verdadera atención.



hablar a oídos tan adormecidos.

En agosto de 1979 terminé por dedicarme al trabajo que Dios me había propuesto, dando un rodeo muy distinto<sup>64</sup>. Fue una meditación desde el principio, una meditación sobre mis padres, en vez de partir de la idea de una novela que habría terminado por transformarse en meditación y por hacerme descubrir a mi madre (para empezar) tal y como había sido realmente, y el sentido de tantas cosas eludidas que su muerte evocaba. No recuerdo que durante la larga meditación de agosto de 1979 a octubre de 1980, me viniera la idea de que, en suma, estaba haciendo un trabajo que me había sido ofrecido veintidós años antes, y que entonces había rechazado. Solamente ahora, al evocar como a pesar mío cierta idea ridícula olvidada hace mucho tiempo, se me revela por primera vez el sentido oculto tras el sinsentido aparente.

Esa segunda llamada, que tuvo lugar en ese año memorable, apoyada por toda la fuerza de la experiencia indeleble de las últimas semanas y los últimos momentos de mi madre, y por toda la fuerza del lazo que me unía a ella y que su muerte sólo podía estrechar más, ahora se me aparece en toda su apremiante intensidad. Esa vez, toda la angustia por fin disuelta de los últimos cinco años, y todo lo que mi madre representaba para mí y todo lo que había rechazado y apartado fuera de mi vista, estaba englobado en esa llamada. Y sin embargo, esa vez de nuevo la eludí. Elegí ser infiel a lo mejor de mí mismo, infiel al impulso de una generosidad que asentía a esa llamada de las profundidades, infiel al certero instinto que me mostraba la vía de una aventura muy distinta.

Entonces fui como el condenado a muerte, la cuerda ya en el cuello, que ve indultada su pena: ¡ve donde te parezca! Podía tomarlo como un estímulo, incitándome a responder a una gracia inesperada con un acto que realmente correspondiera; aunque sólo fuera preguntarme por los detalles de lo que me había valido esa pena milagrosamente redimida, a fin de no descarriarme de nuevo en un infierno semejante. En vez de eso, me deslicé por la dulce pendiente de la euforia, del que por esta vez se ha librado y no pide más explicaciones. ¡Era el “happy end”! En lo sucesivo, no había ninguna razón para que el resto de mi vida y hasta el fin de mis días no transcurriera sin tropiezos, todo de color rosa: las matemáticas, amigos por todo el mundo, una amiga (que llegaría a ser compañera) que me había ayudado en los últimos días de mi madre y que parecía muy leal – ¡¿que más podía pedir?! ¿Para qué remover unos recuerdos tan tristes? Quizás cuando fuera viejo... Ahora, ¡la vida me pertenecía!

### 36. Dios habla en voz muy baja...

(26 y 28 de junio) Es una gran satisfacción ver hasta qué punto esta “historia de mi relación con Dios”, que había pensado insertar de pasada y como para tomar conciencia, se ha convertido en la ocasión de un redescubrimiento de mi vida a través de algunos de sus momentos centrales y algunos signos que la han marcado, en los que hasta el momento no me había parado a pensar. La nueva perspectiva me permite abarcar mi vida en su globalidad y con una mirada nueva. A lo largo de la reflexión, veo manifestarse en ella paso a paso un *sentido*, un secreto *designio*, ignorados por mí durante toda mi vida y sin embargo oscuramente presentidos. Ese designio, y el nuevo sentido que da a mi vida, se han revelado hace muy poco, de finales de octubre a finales de marzo. Y seguramente es una gracia muy especial, que me hayan sido notificados expresamente y de forma tan clara (<sup>19</sup>). Frisando ya los sesenta años, aún me abría camino a tientas en la noche, sin que nada exterior viniera jamás a confirmarme en la vacilante vía seguida como a mi pesar, por eso ha sido crucial que al fin irrumpiera una luz y que mis tergiversaciones terminaran, para cumplir en esta existencia lo que debo cumplir.

Y que nadie se imagine que la evocación de mis tergiversaciones de hace poco y de mi infidelidad de antes sea para mí ocasión de lamentos y rechinar de dientes, “¡ah si hubiera esto! ¡ah si hubiera lo otro!”. Es una alegría descubrir lo que ha sido, a la luz de mi presente, y discernir ahí los afanes de un devenir que se esforzaba a tientas, incluso a través de mis abandonos y mi infidelidad a lo mejor de mí mismo. Era necesario que esos frutos maduraran durante años y decenios su carne de amargura y que fueran comidos, para que nutrieran otro fruto en camino que ya germinaba sordamente. Y lo que vale para uno vale para todos, por amarga que sea la cosecha. Nadie escapa a la amargura del sufrimiento que él mismo se ha preparado, ni a

<sup>64</sup>La incitación para hacerlo me vino, como es debido, por un sueño mensajero, en octubre del año anterior. Hablo de ese sueño en CyS III, en la subnota (nº 128<sub>1</sub>) que sigue a la nota “Los padres – o el corazón del conflicto” (nº 128).

la liberación que ésta prepara.

He pensado en el apóstol Pedro, y en su negación del Cristo que acababa de ser entregado para ser crucificado. Releyendo hace poco ese relato, he sollozado largo tiempo, como si fuera yo el que acabara de renegar y traicionar al que iba a morir abandonado por todos. Sólo la verdad toca así, en lo más profundo del ser, y nos revela a nosotros mismos. Y no hay que lamentar que lo que así toca, como una herida bienhechora que cura, haya sido.

\*            \*  
                 \*  
                 \*

Muchos son los llamados y pocos los elegidos. Pero los elegidos, me parece, son los que oyen, escuchan y siguen la llamada. Dios elige cuándo y cómo llama – ¿y hay alguien que no haya sido llamado? Pero no es Él quien escoge a los “elegidos”. Es cada uno de nosotros, cuando la voz llama, quien escoge en el ruido o en el silencio, si hace callar la voz o si la sigue.

Nos gusta imaginar a Dios dictando Sus mandamientos con la voz del trueno, para que sean grabados, inmutables, en tablas de granito. En verdad, Dios habla en voz baja, y al oído de uno sólo. No ordena ni impone, sino sugiere y anima. Y lo que Él dice es locura para todos los que nos rodean, igual que para nosotros que somos su dócil imagen. Nada a nuestro alrededor ni en nosotros, salvo esa única voz, nos incita a prestarle atención, y todo nos disuade de hacerlo. Por eso es tan raro que escuchemos y más raro aún que hagamos caso. Y seguramente por eso hay tan pocos elegidos.

Esa voz imperceptible es como un viento suave que pasa por la hierba, y cuando ha pasado parece que no ha pasado nada, todo sigue siendo igual. Los mismos profetas, los místicos, los santos primero lo rechazaron, como una vana quimera o como un sueño loco, antes de atreverse a reconocerlo y de apostar su vida a esa fe temeraria, esa fe loca, desafiando toda “sabiduría”. Si hoy en día a algunos nos parecen grandes, ellos que fueron modelados con el mismo barro que nosotros, es porque se atrevieron, ellos, a ser ellos mismos osando dar crédito al viento que sopla y que pasa, subiendo de las profundidades. Su fe es la que los hace grandes, restituyéndoles ellos mismos a sí mismos. No la fe en un “credo” compartido por todos o pregonado por un afanoso grupo de defensores. Sino la fe en la realidad y el sentido de algo delicado e imperceptible que pasa como la brisa y nos deja solos ante nosotros mismos como si jamás hubiera estado.

Ésa es, la verdadera “fe en Dios”. Aunque nunca se hubiera pronunciado Su nombre, sin embargo es ella. Es la fe en esa voz baja que nos habla de lo que es, de lo que fue, de lo que será y lo que podría ser y que aguarda – voz de verdad, voz de lo que vemos... Somos y llegamos a ser nosotros mismos solamente cuando escuchamos esa voz, y tenemos fe en ella. Es ella la que actúa en el hombre y le hace avanzar y le anima en el camino de su devenir.

Esa fe no es más que la fe en nosotros mismos. No en el que nos imaginamos o quisiéramos ser, sino en el que somos en lo más íntimo y en lo más profundo – en aquél que está en camino y al que esa voz llama.

No obstante a veces la voz se hace potente y clara, habla con fuerza – no la del trueno, sino con la fuerza misma que yace en nosotros, ignorada, y que de repente ella revela. Así es ella en el sueño mensajero, hecho para sacudirnos un sopor (quizás mortal...). Pero esas insospechadas fuerzas se despliegan en vano – pues ¿dónde está el metro certificado que las medirá con su rasero (para que comprobemos que dan la talla...), dónde la balanza que las pesará (y nos da luz verde para admirar...), dónde el cronómetro que les pondrá coto (para limitar los daños...)? Después de todo no son más que sueños, ¿no es cierto? ¿Quién sería tan loco como para escuchar un sueño, e incluso hasta seguirlo?

Incluso cuando, por algo extraordinario, Él levanta la voz, diríase que Dios hace todo lo que puede para, sobre todo, no presionarnos por muy poquito que sea para que Le escuchemos, ¡mientras que *todo* nos empuja a taparnos los oídos! Es casi como si Dios mismo participara en la puja: “Oh, sabéis, sobre todo no hay que preocuparse ni sentirse obligado, si Yo te hablo es como si Yo me hablara a mí mismo mascullando algo. Después de todo Yo no soy un personaje importante como Untal que habla en la radio y Untalotro que concede una entrevista y otro Untal más que acaba de publicar un libro muy leído o Éste que afirma con aire perentorio mirando a su alrededor o Aquella de voz aterciopelada que te acaricia como un guante... Ante todo no quisiera hacerles la competencia y por otra parte Yo tengo mucha paciencia y muchísimo tiempo, así que no hay prisa para escucharme, si no es en esta vida será en la siguiente o la de después o dentro de diez mil años, tenemos todo el tiempo...”

Con todo eso, ¿es milagroso que el Sin-importancia, el Todo-Paciente, el Insensato, el Ignorado, sea escuchado alguna vez! Sólo puede culparse a Sí mismo, el Señor de toda vida al que gusta tanto esconderse y rodearse de misterio y hablar la lengua de los sueños y del viento, cuando Él no está en silencio. El mundo entero atruena y ordena y decreta y determina, y promete y amenaza y fulmina y excomulga y machaca sin piedad cuando no masacra sin vergüenza, en nombre de todos los dioses y todas las sacrosantas Iglesias, de todos los reyes “de derecho divino” y todas las Santas Sedes y todos los Santos Padres y todas las altivas patrias, y (last but not least) en nombre de la *Ciencia* ¡sí Señor! y del Progreso y del Nivel de vida y de la Academia y del Honor del Espíritu Humano, ¡ya lo creo!

Y en ese clamor de todos los poderes y todos los apetitos y todas las violencias, *Sólo Uno* se calla – y Él ve, y espera. Y cuando por ventura Él habla es en voz tan baja que jamás nadie escucha, como dando a entender a la vez que murmura: oh Yo, sabéis, verdaderamente no merece la pena escucharMe. Además en ese jaleo os cansaría...

Los caminos de Dios, lo reconozco, son insondables. Tan insondables que no podemos extrañarnos de que el hombre se pierda en ellos e incluso pierda el rastro de Dios y hasta Su recuerdo. Las religiones que, sin duda, Él ha inspirado, se contradicen y se exterminan unas a otras, y los pueblos que antes se proclamaban hijos de una misma Iglesia, no han dejado de masacrarse a placer unos a otros, a lo largo de siglos y al son de los mismos himnos fúnebres celebrando el mismo Nombre, los sacerdotes con casulla en compañía de poetas laureados cantando piadosamente amén “por los que piadosamente han muerto por la patria...”.

En nuestros días el buen Dios está pasado de moda, pero el macabro circo gira tan deprisa como nunca: los sacerdotes y los poetas siguen haciendo su tarea de sepultureros, bajo el báculo alerta de los generales los reyes los presidentes los papas, mientras que la Ciencia (alias el Honor del Espíritu Humano), siempre tan sublime y tan desinteresada, facilita los grandiosos e impecables medios de las perfeccionadas Megamasacres electrónicas químicas biológicas atómicas y de neutrones para los osarios de hoy y de mañana.

Sólo Dios se calla. Y cuando Él habla, es en voz tan baja que jamás nadie Le escucha.